

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

OJOS COLOR DE JADE

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**OJOS
COLOR DE JADE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.121
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.160 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1983

1ª edición en América: abril, 1984

© Curtis Garland - 1983

texto

© Sampere - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1983

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.717 — La ciudad volará a las seis.

En Colección PUNTO ROJO:

1.116 — El juez que fue verdugo.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

Desprendió la hebilla de la falda. Ésta cayó a sus pies.

Las largas y bien formadas piernas quedaron al descubierto. Luego, fue el suéter el que salió por la rubia cabeza con suma facilidad. También fue a parar junto a la falda.

El hombre soltó un resoplido. Su cara se congestionó mientras los ojos inyectados en sangre miraban el desnudo femenino a contraluz de los guños del letrero luminoso del motel, allá tras las rendijas de la persiana.

—Más, más... —exigió más que pidió, con voz ronca.

—Claro, hijo —rió ella, cimbreado las caderas voluptuosamente—. ¿A qué hemos venido aquí, si no?

Y se inclinó, quitándose una de las prendas íntimas que aún quedaban sobre su piel. Justamente la contraria de la que se desprendería una mujer durante un *strip-tease* en primer lugar: fue el *slip*, breve y transparente, el que se deslizó sobre los largos muslos y resbaló hasta los pies, calzados aún con el alto tacón que realzaba la morbidez de aquel desnudo femenino.

El hombre contuvo el aliento. Se hincharon las venas en sus sienes. Humedeció los labios, nervioso, ante la visión de aquellos espléndidos glúteos, redondos y firmes.

—Más, cielo, más... —jadeó con una voz convulsa, trémula.

—¿No tienes aún bastante? —sonrió la rubia, volviendo la cabeza y mirándole por encima del hombro—. Creo que es todo lo que necesitamos para...

—¡No, maldita seas! —bramó él, enrojeciendo violentamente, al ver el perfil de los erectos senos, envueltos en el tejido opaco del sujetador—. ¡Eso, quítate eso! ¡Es lo que más me gusta! ¡Quiero verte totalmente desnuda, rubia!

—Ya entiendo —rió ella, algo desdeñosa—. Eres uno de esos tetófilos... Sólo te gustan las mamas, ¿verdad?

—Sí, sí... —Los ojos brillaban, fijos en ella, en su torso, cuando la joven giró su cuerpo escultural hacia su compañero de alcoba—. Pronto, los pechos... No me hagas esperar más, me muero por verlos...

Ella meneó la cabeza. Sus dorados cabellos lisos golpeaban suavemente sus hombros mórbidos, nimbados por unos destellos rojos y verdes de allá fuera. El cuerpo iba a quedarse gloriosamente desnudo, porque llevó los dedos, con estudiada calma, a la parte posterior de su torso. El hombre miraba, trémulo, jadeante, con expresión excitadísima.

El sujetador se soltó. Ella lo dejó caer lenta, muy lentamente, para que emergiesen despacio las dos formas redondas, macizas, pequeñas pero rotundas, de sus espléndidos senos desnudos. El hombre emitió un aullido de extraño placer, pegó un respingo... y se precipitó sobre su pareja esgrimiendo en la mano nervuda, de gruesos dedos, algo que centelleó siniestramente en la penumbra herida por los guiños de color del luminoso externo.

Era una navaja de afeitar, totalmente abierta.

La rubia no se inmutó. Su cuerpo desnudo permaneció erguido, esperando a su agresor. Éste lanzó un tajo escalofriante contra aquellos pechos enhiestos y vibrantes, de rosado pezón.

Nunca llegó a su propósito criminal de seccionar aquellos hermosos ejemplares de torso femenino. Porque ella, con una sencillez pasmosa, proyectó una pierna en alto, y su rodilla frenó al hombre golpeándole justamente en sus ingles, al tiempo que la zurda de la joven volaba como una centella, pegando un golpe seco, crujiente, con el filo de su mano abierta, en la muñeca derecha del atacante. El chasquido señaló la fractura del hueso. Un alarido de dolor escapó de labios del hombre, cuya mano colgó inútil, al sufrir la rotura ósea. Los dedos se abrieron, soltando la temible arma de larga y rectangular hoja de acero. Golpeó sordamente en la moqueta gastada.

Miró el individuo con una mezcla de rabia y de terror a su contrincante, sin explicarse aun lo que le había sucedido. El dolor de su muñeca rota debía de ser terrible, porque tenía el rostro convulsionado, de una lividez que hacía recordar una máscara en cera, a la que alguien hubiera hundido los dedos, deformándola con una mueca horrible.

—Maldita zorra... —farfulló, exasperado, reteniendo la mano rota contra el cuerpo—. No sé cómo lo hiciste, pero pagarás caro esto...

Y se revolvió, hundiendo su zurda en la chaqueta. Ahora no fue una navaja lo que extrajo de allí, sino una pistola automática con la que se dispuso a hacer fuego contra la rubia.

Se llevó la segunda y última sorpresa de la noche. Y de su vida.

Porque su acompañante del motel ya se había inclinado para entonces con celeridad, tomando su pequeño bolso, que abrió en décimas de segundo, extrayendo una pequeña pistola niquelada, con cachas de nácar, casi un juguete.

Pero el juguete era una 22 y cuando apretó el gatillo a aquella distancia, anticipándose a su compañero, le metió al tipo una bala en plena cabeza, entre ceja y ceja, con una precisión milimétrica. El arma apenas si produjo un leve, seco estampido, pero el proyectil estaba alojado ya en el cerebro del hombre. Y éste se desplomó lentamente, con una última mirada de estupor, de incredulidad, fija en su matadora.

El cuerpo golpeó la moqueta mientras un reguero de negra sangre escapaba por el pequeño agujero abierto en la frente. Manchó un poco el suelo, que no estaba precisamente muy limpio.

La rubia, calmosa, bajó la mano armada y lanzó un suspiro.

—Idiota —murmuró, moviendo la cabeza—. Alguna vez tenía que salirte mal...

Fue al teléfono sin prisas, sin siquiera vestirse. Descolgó el aparato y pidió línea con el exterior a la centralita del hotel de carretera. Una vez conseguida, marcó un número que conocía bien. Una voz respondió, rutinaria:

—Estación de policía del Precinto 32. ¿Quién llama?

—Vanity Lane —dijo ella—. Avisen al teniente Kingsby, de Homicidios. El Mutilador de la Autopista está ya listo. Liquidado. Que no envíe refuerzos. Sólo una ambulancia para la Morgue. El tipo ya no molestará más.

—Cielos, un momento. Se lo diré enseguida. ¿Dónde está usted, señorita Lane?

—Motel Barnes, en la Interestatal 280, a la altura de Crystal Springs. El tipo se hacía llamar Lassiter, John Lassiter, pero no sé si la documentación es legítima o no. No tarden, no me gusta estar

demasiado tiempo junto a un fiambre tan poco agradable. Si al menos se hubiera parecido en algo a Roben Redford... —concluyó con un suspiro, colgando el aparato—: Pero más bien se parecía a Anthony Quinn...

Se encaminó a su bolso, guardó el arma en él y encendió un cigarrillo que extrajo de una pitillera de lata con la efigie de Humphrey Bogart. Lanzó una bocanada de humo mientras guardaba la pitillera nostálgica. Contempló pensativa el cadáver y resolvió avisar también al conserje, tomando de nuevo el teléfono:

—Aquí hay un cadáver, amigo —le informó con la misma naturalidad con que hubiera podido anunciar la existencia de una gotera—. Pero no se escandalice, ya avisé a la policía. Estarán aquí en unos minutos. Soy detective privado, no tiene nada que temer. Ah, tengo algo de sed. Esta clase de asuntos me resecan un poco la garganta, tráigame un *gin-tonic* bien frío... Al muerto no le sirva nada. No iba a poderlo probar...

Colgó, empezando a vestirse sin prisas.

—Vanity, eres un demonio —refunfuñó el teniente Kingsby, rascándose los cabellos, con la mirada fija en el muerto—. ¿Era necesario matarle?

—Imprescindible. Se trataba de su vida o de la mía. Era un tipo duro. Fuerte, rudo, y desequilibrado. Creí que bastaría con romperle la muñeca y sacudirle en los testículos, pero no fue así. Sacó el arma y la iba a disparar. Si no me anticipo, acaba conmigo.

—Entiendo. No puedo acusarte de nada, porque aún empuña el arma en su zurda, y tiene el dedo en el gatillo, pero estás pasándote en tus atribuciones muchas veces, Vanity.

—Me pedisteis mi ayuda en el Departamento de Homicidios, ¿no? —Ella se encogió de hombros—. Yo era rubia, joven y con un pecho atractivo. Justamente la clase de chica que buscaba como víctima el Mutilador de la Autopista. No tengo la culpa de que vuestro cuerpo femenino no tenga los pechos bonitos. Aunque pudiste haber dado el trabajo a Sandra Lomax, ¿no?

—¡Uf! Sandra tiene dos sandías por senos. No era la clase de chica que buscaba ese maníaco para cortarle los pechos y degollarla luego, en pleno éxtasis. Dios, me pregunto por qué habrá gente tan rara por el mundo...

—Bueno, no puedes culparte tampoco de eso, Ralph —rió ella suavemente, tomando el bolso y encaminándose a la salida—. Ahora me voy. Mañana tengo que trabajar para papá en un caso, y voy a dormir muy poco.

—Espera. Te llevaré a casa yo mismo —se ofreció el joven oficial de policía.

—No, Ralph, gracias. Tengo ahí fuera mi propio coche y puedo conducir, no estoy tan emocionada con todo eso. Matar a una rata no me alteró nunca el pulso, te lo aseguro. Además, tú tienes trabajo aquí para un buen rato, no lo dejes por mí. Nos veremos en otro rato.

—De acuerdo, Vanity. Y... gracias, en nombre del Departamento. Has sido muy útil al mismo con tu cooperación desinteresada, digan lo que digan mis jefes cuando les lleve un fiambre en vez de un detenido.

—Creo que es lo mejor que pudo pasar. Tipos como ése, son enviados a centros psiquiátricos, un día les dan por curados totalmente y salen, para volver a las andadas poco después.

—Tienes razón en parte —admitió Ralph Kingsby—. Hasta otra, Vanity.

—Adiós, sabueso —rió ella, abandonando la trágica habitación, ante la mirada entre perpleja y escandalizada del conserje del motel.

El teléfono sonó mientras la joven rubia caminaba con taconeo breve y ágil, camino del exterior. Un policía atendió la llamada y se la pasó a su superior.

—Es para usted, teniente. Del Departamento. Al parecer, dejó dicho usted que estaría aquí. Es urgente.

—Sí, gracias —tomó el aparato y atendió la llamada.

Vanity estaba ya junto a la portezuela de su coche, un descapotable color marrón metálico, en el *parking* del motel, cuando se abrió la ventana de la habitación del suceso, y el propio teniente Kingsby asomó por ella su cabeza morena, de rizado y rebelde cabello.

—¡Eh, Vanity, ven un momento! —llamó.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, Ralph? —demandó ella, sorprendida.

—Es algo que me han comunicado ahora mismo. Ven, te lo

ruego. Será sólo un momento.

Ella se encogió de hombros, y regresó, con las llaves en la mano, al interior del motel. Observó de inmediato que el rostro de su amigo policía no sólo estaba más pálido, sino que sus ojos aparecían ensombrecidos.

—Y bien, ¿qué pasa? —quiso saber—. ¿Han ordenado tus jefes que me detengas por homicidio?

—No, Vanity, no es eso. Siéntate, te lo ruego.

—Oye, ¿qué te pasa? Si va a ser un momento, ¿para qué sentarme?

—Es que... lo que tengo que decirte no va a ser fácil. Será mejor que lo oigas sentada.

No son buenas noticias, te lo aseguro.

—¿Para quién? ¿Para mí?

—Así es.

—Empiezas a preocuparme —la joven frunció sus doradas cejas—. ¿Qué es lo que pasa, exactamente? Suelta lo que tengas que decirme, y cuanto antes. Podré soportarlo en pie, por malo que sea.

—Bueno, tú lo quieres así. Se trata de tu padre, Vanity.

Por primera vez, el sentido del humor desapareció del rostro de ella. Miró con rara fijeza al oficial de Homicidios. Sus cejas se arquearon, los ojos, de un verde jaspeado, cambiante, brillaron excitados. Su bello cuerpo esbelto mostró rigidez.

—Desembucha —rogó con voz algo ronca—. ¿Qué le pasa a papá?

—Yo... lo siento, Vanity. —Ralph tragó saliva y desvió la mirada—. Está muerto.

—¿Qué? —Una palidez de mármol se extendió por el óvalo de la bonita cara femenina.

—Muerto. Le mataron. Esta misma noche —jadeó Kingsby. Se pegó con un puño en una mano abierta—. ¡Maldita sea, tuve que ser yo quien te dijera esto! No saben quién lo mató, es todo cuanto me dijeron...

CAPÍTULO II

Resultaba impresionante.

Más que las lágrimas y los sollozos, más que las quejas y los lamentos. Aquel silencio, aquella serenidad, aquel frío brillo seco de unos ojos verdes y profundos, causaba escalofríos a cualquiera. Y el teniente Kingsby no era una excepción.

—¿Siempre se comporta así cuando las cosas van mal. Slim? — indagó.

Slim Irwin, el joven y atractivo muchacho de larga, espigada figura, rostro simpático y varonil, cabello castaño claro, de mechón rebelde barriendo la amplia frente, y ojos grises y astutos, sacudió la cabeza, afirmando despectivo.

—Siempre —dijo—. Pero lo de su padre era distinto. El viejo Desmond era toda su vida.

No sé cómo ha podido encajarlo así.

—A veces me pregunto si Vanity es realmente humana —musitó el oficial de policía—. Esta misma noche mató a un hombre, a un feroz asesino loco, y se quedó tan tranquila. Incluso se tomó un combinado después, y puso la radio para oír bailables. Ahora, ante su padre asesinado, parece que esté velando el cuerpo de un desconocido con quien no le ataba el menor lazo de afecto.

—Eso es lo peor de ella. Aguanta las cosas con terrible calma. Pero la procesión va por dentro, teniente. La conozco bien. Era una chiquilla aún cuando entré a trabajar con su padre. La he visto crecer, hacerse mujer. Y hacerse detective, sólo a su padre le fascinaba la profesión y hubiera querido tener un hijo varón que le siguiera. Le dio la mayor alegría de su vida cuando, tras aprender judo y karate, alcanzar el «cinturón negro» y aprender tiro con el primer puesto en la especialidad, sacó su licencia de investigadora privada y se unió a nosotros.

—Sí, ciertamente es una mujer rara.

—Quizá. Pero muy humana. Tanto, que ahora me da miedo.

—¿Miedo? —Kingsby frunció el ceño—. ¿Por qué, Irwin?

—Conozco bien a Vanity. No va a dejar las cosas como están. El que mató a su padre ya puede empezar a prepararse para luchar contra una especie de fiera implacable. El día que sepa quién le mató, la piel de ese tipo no valdrá un centavo.

—Tiene que cooperar con la ley. Es su deber. No puede tomarse la justicia por su mano.

—Eso, dígaselo a ella llegado el momento, teniente —rió sordamente Slim entre dientes—. Verá lo que le responde...

Kingsby no dijo nada. Contempló a la joven, parada aún ante el cuerpo de su padre, recién sacado del cajón de la Morgue donde lo habían depositado tras hallarle sin vida en un callejón, pocas horas antes. Tres orificios de bala aparecían en su pecho y estómago. Los ojos vidriosos habían sido piadosamente cubiertos por los párpados. La sangre mojaba su cuerpo rígido. La boca tenía una mueca, no se sabía si de dolor, de rabia o de sorpresa. O tal vez de todo al mismo tiempo.

—Descansa en paz, papá —dijo de repente ella, con voz sorda, metálica, casi irreconocible para sus dos amigos—. Yo te vengaré. Tú lo sabes.

—Un momento, Vanity —interrumpió vivamente Kingsby—. Soy tu amigo, bien lo sabes. Y lo era de tu padre. El fue siempre un detective honesto, por encima de todo, y su muerte me duele como al primero. Pero no será buscando venganza como harás las cosas bien, y menos aún como él hubiera querido. Si quieres hacer justicia, coopera con nosotros, pero no trates de tomarte la justicia por tu mano.

Ella alzó la cabeza. La cruda luz del frío recinto mortuario daba un raro matiz a su dorada cabellera. Los ojos verdes eran como dos destellos de hielo sumergido en menta.

—Haré las cosas a mi modo, Ralph —silabeó con calma—. Es cuanto puedo decirte.

—Vanity, si matas a su asesino por simple venganza, no tendré más remedio que arrestarte por homicidio. Y los jueces no serán totalmente piadosos contigo.

—Eso me tiene sin cuidado —sentenció ella—. He dicho una cosa y la cumpliré. Pero no temas. Conozco las leyes. Sabré hacer

las cosas de modo que no puedan culparme de nada, llegado el momento.

—Eso es aún peor. Estás planeando un asesinato.

—¿Y qué es lo que hicieron con mi padre? Asesinarle. Su matador estará ahora por ahí, tranquilamente. Tal vez incluso quede impune. La ciudad, el país entero, está lleno de asesinos que nunca fueron arrestados. Los archivos, repletos de casos sin resolver. Yo trataré de impedir que eso suceda esta vez. Es todo.

—No sabes lo que dices, Vanity...

—Lo sé muy bien —le cortó ella—. No hablemos más. ¿Dónde le hallaron?

—En el callejón situado detrás de un club nocturno, cerca de Chinatown.

—Conozco esos barrios mejor que nadie —brillaron los ojos verdes—. ¿Qué club?

—El Blue Sky, en Grant Avenue.

—Entiendo. El local de Dirk Tashwell.

—El mismo, sí. Pero parece ser que Tashwell y su local no tienen nada que ver. Debieron matarle en otro sitio, a juzgar por los indicios, y luego lo trasladaron allí en algún vehículo, arrojándolo entre los cubos de basuras del callejón. Quizás alguien pretende involucrar a Tashwell en el feo asunto.

—Tashwell y mi padre no eran precisamente buenos amigos.

—Lo sé, lo sé. Pero insisto en que las cosas no pasaron allí. Se trata, sin duda, de una coincidencia... o de la intención del asesino de utilizar la enemistad de ambos como un indicio acusador contra Tashwell.

—Es posible que sea la verdad, o es posible que no. Tashwell es muy astuto. Podría tratar de implicarse a sí mismo demasiado claramente, para así alejar toda sospecha de su persona.

—Tú sí que eres lista —suspiró el policía, no pudiendo evitar una sombra de sonrisa en sus labios—. Ahora deberíamos salir de aquí. No es el lugar adecuado para permanecer demasiado tiempo.

—Tienes razón —ella se irguió, siempre serena, dueña de sí hasta lo inaudito—. Vamos ya, Ralph. Será lo mejor.

Se reunieron con Slim, que permanecía pegado de espaldas al muro aséptico de la estancia, contemplando ensombrecido a su joven amiga y colega. Los tres abandonaron la Morgue en silencio.

Por contraste, la luz del exterior pareció más cálida y vital al dejar atrás el depósito de cadáveres.

—Supongo que la autopsia es un trámite inevitable —musitó ella, camino del coche.

—Inevitable —corroboró tristemente Kingsby—. Tú lo sabes.

—Claro. Pobre papá... Siempre le impresionaron las autopsias. Y le daban aprensión los forenses. La vida tiene a veces esas ironías, Ralph.

—No deberías pensar en esas cosas, Vany —le reprendió suavemente Slim.

—No puedo evitarlo. Supongo que sigues tú con el caso, Slim.

—Sí, claro —asintió éste, algo distraído—. Éramos socios, ¿no? Estoy obligado a seguir con él, Vany. Tu padre hubiera hecho igual si me liquidan a mí.

—¿Caso? —se interesó Ralph—. ¿Qué caso?

—El que llevaba entre manos en el momento de morir —de repente, Vanity se mostró evasiva y fría—. Ya sabes, asuntos nuestros. No estamos obligados a informar a la policía.

—Lo sé. Pero si tuvo alguna relación con su muerte, sí.

—¿Quién dice que tuvo relación? Era un caso más, un cliente como otro cualquiera y un asunto a resolver, que no competía a la policía. Lo de siempre en nuestro oficio, Ralph.

—Está bien, no me meteré en vuestros asuntos, si es eso lo que quieres. Pero piensa que si alguien disparó contra tu padre, fue porque les estorbaba estando vivo. Y él era un detective privado. Eso puede ser un motivo para el crimen.

—Ya lo he pensado —los labios carnosos de Vanity se curvaron en una especie de remedo sarcástico de sonrisa—. Si fuese así te lo diría, no lo dudes.

—No estoy muy seguro de ello, después de lo que prometiste en la Morgue.

—Pues tendrás que estarlo. Confía en mí, Ralph. Pienso estar en todo momento dentro de lo legal, si es eso lo que te preocupa.

—Me preocupas tú, Vanity, eso es todo —fue lo que concluyó comentando sombríamente el oficial de Homicidios, cuando llegaban al coche de la joven, que se dispuso a conducir su joven colega y socio, Slim Irwin.

—¿Crees que es prudente, Vany? —dudó Slim, perplejo—. Sí, lo

es. Papá era el encargado del caso. Ahora lo seré yo.

—Creí que me lo dejabas a mi...

—No. Sólo te pregunté si seguías con ello. Trabajo en este negocio como tú y como papá. Tú tienes tu trabajo. Papá tenía el suyo. Si soy su heredera, debo serlo en todo.

—Como quieras. Pero desconoces el asunto. Estabas metida en todo ése lío del Mutilador de la Autopista cuando nos hicimos cargo de él...

—Por eso me gustaría conocerlo con detalle —asintió ella, sentándose en la butaca que ocupara en vida su padre, tras la vieja y pesada mesa despacho y cruzándose de piernas—. Vamos, empieza a darme detalles.

—¿Ahora? —se sorprendió Slim—. Vany, acabamos de sepultar a tu padre, deberías descansar, relajarte...

—Estoy relajada —asintió ella fríamente—. No necesito descanso, sino actividad. Estoy esperando ese informe, Slim.

—Como quieras —resopló el joven detective, sacudiendo la cabeza con resignación—. Voy a complacerte de inmediato, y Dios quiera que estés haciendo lo correcto.

Ella se limitó a permanecer callada, la mirada fija en la pared, donde un viejo calendario mostraba a un *pin-up* de los años cincuenta, exhibiendo pícaramente sus piernas y el nacimiento de sus abundantes senos. Entonces pudo resultar frívolo y hasta atrevido. Ahora podía decorar la pared de un colegio de primera enseñanza, sin impresionar a nadie. Pero era el primer calendario que su padre colgó de su vieja y querida oficina, cuando la abrió en aquellos tiempos. Y allí había permanecido desde entonces.

Slim regresó del archivador con un *dossier* en sus manos. Lo puso sobre la mesa, ante su socio femenino. Vanity le echó una ojeada. Enarcó las cejas.

—Caso Sublime —leyó—. Es un nombre raro, ¿no?

—Mucho —rió Slim entre dientes—. También el caso lo es, palabra.

—Empiezo a sentirme intrigada. Lamento haber estado ocupada en la búsqueda de ese asesino de la carretera mientras vosotros os ocupabais de esto —abrió el *dossier* y con— templó la fotocopia de un talón bancario, a nombre de su padre, por valor de diez mil dólares. La firma era ilegible. Seguía una serie de folios

mecanografiados, relatando los hechos iniciales del caso, junto a una fotografía prendida con un labial a los folios.

Era la fotografía de un hombre joven, muy joven, un adolescente, sin duda. Rubio, pálido y delgado, de facciones suaves y atractivas, aunque algo blandas. Se cubría los ojos, sin duda azules, con unas gafas de gruesa montura.

—¿Quién es? —preguntó—. Supongo que no se trata del cliente.

—No, no. ¿Por qué sabes eso?

—Es fácil. La letra con que está relleno el talón bancario es enérgica, firme, la de un hombre maduro. Este joven no tendrá más allá de dieciocho o diecinueve años.

—Ésos tenía cuando le hicieron la fotografía —suspiró Slim, asintiendo—. Y tienes razón. El que llenó el talón era su padre. Nuestro cliente, Debíamos buscar al chico, a su hijo Dana. El hombre se llama Charles Weaber... si es que aún vive.

—¿Eso qué quiere decir? —Las doradas cejas de Vanity se arquearon, y alzó sus verdes pupilas de los documentos.

—Verás, es muy curioso. Ese hombre, cuando vino a vernos... estaba sentenciado a muerte.

—Me dejas confusa. La pena de muerte está en suspenso en el estado de California.

—No me refería a esa clase de muerte, Vany. El tipo está enfermo, muy grave. Una dolencia incurable. El médico le dio un plazo de vida. No más de tres meses, ni menos de uno. Hace ya cuarenta días que vino a vernos. Y no sé nada de él. Por eso dije que podía estar muerto ya.

—Entiendo. ¿Un tumor?

—Claro. Lo de siempre. El hombre nunca se había preocupado demasiado de su hijo. Lo tenía olvidado. Tiene dinero. No es millonario, pero tiene bastante dinero. Y ahora desea dejar las cosas arregladas para cuando se vaya del mundo. Quiere encontrar a su hijo como sea.

—Todo es bastante vulgar hasta ahora. ¿Por qué le llamasteis «Caso Sublime»?

—Ése es el lado pintoresco del asunto. Y nada vulgar, te lo aseguro. El chico desaparecido se llama Dana como ya te dije. Dana Weaber. Hace seis años que se fue de su casa, de modo que ahora tendrá veinticinco años. Su padre no sabe mucho de él. Sólo que,

hace un par de años, se hacía llamar... Sublime.

—¿Sublime?

—Si —rió Slim—. Es un mariquita, Vany. Un travesti, para ser concretos.

—¡Cielos, ahora entiendo! —Ella miró de nuevo la fotografía—. Por eso huyó de casa.

—Claro. Su padre no podía comprenderle ni tolerarle esas inclinaciones. Es un hombre chapado a la antigua. No comprende ciertas cosas ni las admite. Le desheredó y le amenazó con echarle de casa si seguía con amistades como las que tenía. El chico se lió la manta a la cabeza y desapareció antes de que lo echaran.

—¿Y no volvió a preocuparse de él?

—Nunca más. Hasta que los médicos le informaron de su dolencia. Ha recapacitado y quiere rectificar su actitud. Ha vuelto a testar en favor de su hijo, y desea verle de nuevo, pedirle que vuelva con él a casa, aunque sólo sea para pasar juntos esos últimos días de su vida. Sería cómico, si no resultara tan patético.

—No parece un asunto que pueda relacionarse con la muerte de papá...

—Eso es lo que yo pienso. Pero nunca se sabe. El mundillo de esa gente, los *travestis*, es muy complicado. No todos son lo que son por inclinaciones sexuales o por desviaciones. Los hay que viven de ello, profesionales de la especie. Y los hay que son simples degenerados de la peor especie. Luego están los que se mezclan con ellos secretamente, a veces hombres de intachable posición social, gente importante que daría algo porque nadie descubriese sus debilidades.

—¿Papá se metió en todo eso?

—Tu padre y yo, te lo aseguro —resopló Slim, moviendo la cabeza—. Nos repartimos el trabajo, como tantas otras veces hemos hecho.

—¿Cómo supisteis que se hacía llamar Sublime hace dos años?

—Eso nos lo refirió el propio Weaber. Había sido informado mediante un anónimo. Incluso le dijeron dónde podía encontrarlo, vestido de mujer y utilizando ese nombre absurdo. Fue allá, pero no dio con él. Se enteró de que había cambiado de nombre y de indumentaria, abandonando la zona. Nunca supo si porque se enteró a tiempo del anónimo, o porque sea una costumbre suya en

ese mundillo de travestismo.

—¿Qué lugar era ese adonde fue nuestro cliente?

—Un local equívoco llamado Hot *Spot*. Está en Bush Street.

—Bush Street... —repitió ella, pensativa—. Eso está también cerca de Chinatown... como el local de Tashwell.

—No se me había ocurrido la idea ni remotamente. Ahora ni siquiera puede ser hallado Sublime en ese local. De modo que tu padre no fue por allá salvo para tratar de indagar si alguien de la zona sabía algo de él y su actual paradero. No consiguió nada, y no volvió por allí, que yo sepa.

—¿Disteis con alguna pista de él?

—Alguna, pero todas débiles y confusas. Parece ser que es bastante dado a cambiar de aspecto físico. Igual va moreno que rubio o pelirrojo, viste de modo llamativo o aparece enteramente de negro, en cuero. Pero eso sí, siempre de mujer. Es alto y esbelto. Sus facciones se adaptan bien al maquillaje, usa pelucas, como casi todos los de su clase, lleva senos postizos o se injerta prótesis, y ha sustituido las gafas por lentillas. Es cuanto sabemos hasta la fecha. También usó otros nombres, como Sally, Vivian o Melody, por lo que resulta bastante difícil dar con su rastro. Ahora puede llamarse de cualquier modo y vestir como se le antoje. Nadie sabría quién es él.

—Curioso personaje. ¿Hasta dónde llegasteis exactamente los dos en su búsqueda, Slim?

CAPÍTULO III

El humo era tan espeso que parecía niebla enroscándose en tono a los clientes. El aire era pesado y olía a marihuana y a alcohol, además de perfumes baratos y sudor humano.

Vanity y Slim miraron en derredor suyo con cierta cautela. Ella vestía pantalones y suéter negros, y Slim se ajustaba unos tejanos gastados y una camisa descolorida. Aun así, Vanity difícilmente pasaba desapercibida entre la chusma del local. Una hilera de hombres vestidos de mujer, con pelucas estridentes y maquillajes espesos que no bastaban en la mayoría de los casos para disimular su barba varonil, se alineaban en la barra y en varias mesas, buscando provocadoramente a los hombres que entraban allí a tomar una copa. Una pantalla gigante de video, proyectaba una grabación musical ruidosa y de poca calidad. A su paso, un *travesti* de cuello recio y gruesa nuez, echó a Slim una bocanada de humo con olor a marihuana, guiñándole un ojo empastado de *rimmel* azul. Vanity sonrió disimuladamente.

—Tienes éxito con ellos, querido —bromeó—. ¿No te sientes halagado?

—Muy graciosa —refunfuñó el detective, mirándola ceñudo—. ¿De veras crees que vale la pena deambular por aquí? Todo esto me da náuseas, Vany.

—Vamos, vamos, hay que ser tolerante con los demás. Estamos en el siglo xx, casi en el xxi, no seas puritano. Éste es un país libre, Slim.

—Yo diría otra cosa. Pero vale más callarse...

Encontraron una mesa casi debajo de la pantalla del video, y se acomodaron en ella. El ruido de la grabación musical resultaba allí casi insufrible. Slim maldijo entre dientes, echando una ojeada al ambiguo cantante que aparecía en pantalla.

—Aquí uno acaba por no saber quién es hombre y quién es

mujer —rezongó.

—Pues hay algunas mujeres, palabra —le indicó Vanity—. En aquella mesa, puedes ver a un *travesti* besándose con una fulana. Y aquel tipo que parece un hombre, de pelo corto y negro y ropa masculina de cuero, es una mujer aunque esté metiendo mano a un *travesti*. Como ves, esto resulta de lo más complejo.

—Y de lo más obsceno e incomprensible —masculló Slim, incómodo.

—¿Por qué? Yo me encuentro bien aquí —alzó la cabeza, mirando a un camarero de aire equívoco, gordo y fofo, que inclinaba su sudorosa cabeza hacia ellos, con una sonrisa entre obsequiosa y perversa. Rápida, pidió—: Dos *gímlets*, por favor.

El otro asintió, borró su sonrisa, mirándola con cierto desdén, y se alejó contoneándose. Slim bufó, encendiendo un cigarrillo tras darle otro a Vanity. En la pantalla de video, comenzó a cantar otro intérprete, tan estridente y ambiguo como el anterior.

—En el Hot *Spot* no logramos nada —señaló sordamente Slim—. ¿Qué esperas conseguir en este maldito cuchitril?

—Aún no lo sé —miraba en derredor, distraída—. Busco algún *punkie*. Pero no veo a ninguno. Tal vez me haya equivocado en mi plan, después de todo.

—Pues eso no tendría gracia. Si al menos conduce a algo soportar esto...

—Ten paciencia, Slim. Sólo estamos empezando.

Les sirvieron los *gimlets*. Slim pagó, dejando una raquítica propina. El camarero dudoso le fulminó con una mirada asesina, antes de alejarse. Vanity rió de buen humor, por vez primera desde que perdiera a su padre.

—No disimulas demasiado —dijo—. Notarán que no te caen nada bien.

—Y habrán acertado.

—Vamos, vamos. He conocido a muchos puritanos como tú. Y luego resultó que algunos de ellos acabaron liados con homosexuales el resto de sus vidas.

Slim enrojeció como un colegial y miró disgustado a su compañera. Tomó un trago y lanzó un amargo reproche a Vanity:

—Eso no tiene ninguna gracia, la verdad.

—Perdona. A veces soy demasiado cáustica con quien no debo

serlo —apoyó su mano en el brazo de Slim y le miró a los ojos—. Sólo trataba de bromear.

—Lo sé. Pero maldito sentido del humor el que me despierta un lugar así —señaló a una pista donde se veía un piano vacío—. Ahí debía tocar Dana Weaber cuando era Melody.

—Sí, ya lo he pensado —asintió Vanity—. Tengo una idea. Espérame un momento.

Para sorpresa de Slim, se puso en pie y avanzó a través de la clientela que atestaba el recinto. Numerosos *travestis* la siguieron con mirada de envidia o de desdén. Era una mujer joven, atractiva y sensual. A muchos les hubiera gustado ser como ella, y no un triste remedo de hembra.

Se sentó al piano. Alzó la tapa y comenzó a tocar. Slim se irguió, perplejo. La muchacha tocaba con suma fluidez. Las teclas emitían sus notas dulcemente bajo los esbeltos dedos de la detective femenina. Estaba interpretando *Sentimental Journey*, la canción favorita de su padre. Creía recordar que su madre y él se conocieron bailando esa pieza en un club nocturno. Ahora, ninguno de ellos existía ya. Se mordió el labio inferior mientras tocaba, para no enternecerse. Después, enlazó con *As time goes by*, de la mítica *Casablanca* de Bogart. Otro tributo a la memoria paterna.

Los *travestis* se enternecían ingenuamente con aquellas melodías. Algunas ramera también. Vanity había contado con eso cuando salió a tocar el piano. La rodeaban, embelesados. Algunas parejas ambiguas bailaban apretadamente.

Vanity terminó de tocar. Aplaudieron. Un *travesti* alto y sofisticado, de largo pantalón dorado, muy ceñido, botas de igual color y suéter rojo brillante, con senos repletos de siliconas debajo, acudió emocionado a besarla. Le rozó su barba, y el tipo dijo con voz bronca:

—Eres estupenda, guapa. ¿No vas a tocar más, querida?

—No, no sé más —mintió ella—. Toco de oído. Me alegra que te gustara.

—Me llamo Raquel —dijo el *travesti* apresuradamente—. Adoro la música.

—Yo tengo un amigo que también la adora. El es un buen músico. Tal vez le conozcas.

Se llama Melody.

—Melody... —La miró, pensativo, y se echó atrás, repentinamente en guardia—. Oh, sí, Melody... *Ella* ya no viene por aquí. ¿De veras es tu amiga?

—Claro. Hemos tocado juntos a veces. Es un encanto de chico... bueno, de chica.

—Si vas a preguntarme por ella, no pienso decirte dónde está, guapa —dijo repentinamente seco el *travesti* de los pantalones dorados.

—Ni yo pienso hacer tal cosa —sonrió Vanity—. Yo sé dónde está Melody, aunque ahora no se llame así, querida. No tengo que preguntar a nadie por mis amigos. A quien sí busco es a una común amiga de los dos. Me dijeron que la encontraría aquí, pero veo que no es así. Tú debes conocerla. Ella es *mujer*, ¿entiendes? Y es *punkie*.

—Oh, sí, ya sé a quién te refieres —resopló el homosexual, aliviado—. Esa de las tetas gordas, ¿no? *Boobs* Ritter, la chica de los *punk*, la del pelo verde y oro. Estuvo aquí la semana pasada, pero no he vuelto a verla. Una gran chica, la verdad. Oye, preciosa, ¿me invitas a algo?

—Lo siento. Voy con un amigo —señaló a la mesa—. No le gustaría que invitase a uno de vosotros. Es un tipo chapado a la antigua. Pero volveré, seguro. Y tomaremos algo tú y yo. Esta noche, más tarde. O mañana, si no puedo hoy.

—Eres estupenda, guapa —la apretó el brazo, afectuoso y la besó la mejilla con sus labios pintarrajeados—. Aquí donde me ves, puedo hacer feliz a cualquier chica, no lo dudes... Todo depende del precio y de que me caiga bien, claro...

—Por supuesto. No reñiremos por eso, cariño —prometió Vanity con pasmosa calma—. Ahora tengo que ver a *Boobs*, de parte de nuestro amigo Melody precisamente. Pero no sé dónde buscarla, si no viene por aquí.

—Es fácil. Date una vuelta por Stockton Street, en Chinatown.

—¿Chinatown? —Se estremeció levemente la joven—. No creí que allí hubiera *punkies*...

—Habitualmente, no los hay. No son bien recibidos por esos amarillos. Pero El Farol Verde es diferente.

—¿El Farol Verde?

—Sí. Una mezcla de club, fumadero y discoteca, mitad oriental,

mitad occidental. Su dueño es muy tolerante con mucha gente, incluidos nosotros, siempre que no escandalicemos ni nos dejemos ver por los vecinos del barrio. Se llama Kwan Tsei. Allí seguro que encuentras a *Boobs*, guapa. Pero no dejes de volver por aquí. Estaré esperándote.

Y le tocó descaradamente los pechos, como si fuese el más ardiente de los machos.

Vanity sonrió, eludiendo el contacto, y se alejó prometiendo:

—No lo dudes. Volveré, Raquel.

Se sentó junto a Slim, que la miraba perplejo.

—Creo que te estaba tocando ese mariquita —resopló éste.

—Crees bien. A ése le va todo, con tal de que haya dinero por medio.

—¡El muy guarro...!

—Calla y disimula. Conseguí lo que quería. Termina eso y nos vamos.

—¿Adónde?

—A Chinatown. Después de todo, estábamos equivocados. Hay allí *punkies* y hasta homosexuales. Como ves, el mundo cambia mucho, incluso para los chinos.

Salieron del club rápidamente. Apenas pisaron la acera, ambos se dieron cuenta de que algo sucedía. Frente a ellos, había una serie de motocicletas aparcadas, que antes no estaban allí. De ellas descendían parsimoniosos un grupo de tipos de ropas de cuero repletas de chapas y emblemas, con gorras de visera y gafas de motorista. Parecían ángeles del infierno. Pero Vanity los retrató más expresivamente en pocas palabras, susurradas al oído de Slim:

—Cuidado. Ésos son matones. Creo que los chulos de los *travestis* de ahí dentro.

Alguien debió avisarles de que había gente extraña poco de fiar. Y éstos somos nosotros.

—Y a por nosotros vienen, eso se huele a una milla —jadeó Slim, llevando la mano a su pierna—. Habrá que usar la pistola...

—No, espera —le rogó ella—. Tal vez no haga falta armar tanto jaleo...

Permanecieron en medio de la acera, pero pegándose paulatinamente a la pared del club, para no dejar sus espaldas descubiertas. Los tipos de las motocicletas eran una media docena.

Fornidos y agresivos. Vanity sabía que eran miembros del *gay power*, tipos que sostenían la filosofía peregrina de que eran tan viriles que por eso resultaban homosexuales perfectos.

—Hola, parejita —saludó uno con voz áspera como el papel de lija—. ¿De guateque quizá?

—¿Y qué diablos te importa a ti? —replicó Slim, tajante.

—Eh, eh, alfeñique, eso no es modo de demostrar educación —rió otro—. ¿Qué tal si nos decís por qué os gustan los locales de *travestis*? ¿Buscáis emociones nuevas, tortolitos?

—Puede que sí —objetó ahora Vanity—. El sexo es asunto nuestro.

—Puede. Pero no nos gusta vuestro aspecto. Ni tampoco a algunos amigos de los que tenemos ahí dentro. Aseguran que podríais ser polizontes, tipos que trabajan para esa chusma uniformada. No les gustan nuestras costumbres, lo sabemos. Ni a nosotros las vuestras. De modo que cantad de plano, o vamos a tener que sacaros la verdad a golpes.

—No te preocupes, amigo —dijo Vanity dando un paso hacia el que hablaba—. Si se trata de cantar, no hace falta que os pongáis duros. Yo facilitaré la música...

Y de repente, sus brazos se dispararon como aspas de molino y sus piernas actuaron con elasticidad felina. Su mano diestra golpeó la boca del que había hablado. Era tal la potencia de aquel seco impacto de karate, que los dientes del otro estallaron, empezando a caer como fichas de dominó, en medio de una bocanada de sangre. Al mismo tiempo, el pie derecho de Vanity había alcanzado de lleno el hígado de otro, doblándole con un estertor de dolor terrible, para caer luego dando vuelcos en tierra.

Los cuatro restantes enarbolaron cadenas y barras de plomo, para lanzarse de inmediato sobre ellos. Slim evitó un mazazo de uno de los tipos, aferró la cadena de pasada, y tiró de ella con tal violencia, que el tipo fue a estrellarse contra la pared, de bruces. Antes de que pudiera rehacerse, Slim le había descargado la zurda cerrada sobre la nuca, y el motorista se desplomó como un bisonte herido en plena carrera.

—¡Buen golpe, Slim! —aprobó ella, saltando sobre un nuevo adversario, en cuyo torso aterrizó con ambos pies por delante, haciendo crujir su esqueleto. El enemigo cayó debajo de ella y

Vanity tuvo suficiente con disparar su zurda con el filo de la mano a guisa de hachazo. El impacto en el cuello provocó un chasquido áspero y estremecedor. El individuo se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada, vidriados sus ojos. Vanity sabía que nunca más volvería a tener la cabeza erguida sobre su cuello.

—¡Cuidado, Vany! —gritó Slim, al tiempo que brincaba sobre el quinto motorista, que estaba a punto de alcanzar a la joven con su barra de metal.

Slim se había apoderado de la cadena del primer adversario abatido, y la disparó contra el agresor de Vanity con certera puntería. El metálico objeto se estrelló pesadamente contra la nariz del otro, reventándosela. Un chorro de sangre y un alarido escaparon impetuosamente del golpeado. Vanity, rápida, se revolvió, clavando su pie en el estómago del herido. Fulminado, éste se revolcó en el asfalto, lanzando alaridos de dolor.

El sexto motorista, aterrorizado ante la caída de sus compañeros, retrocedió vivamente, saltó a su motocicleta y se alejó de allí con vertiginosa rapidez, a escape abierto, rugiendo la máquina en la noche.

Sobre la calle, cinco hombres, inconscientes o exhalando quejidos, bañados en sangre, eran los resultados de tan desigual batalla. Slim y Vanity sonrieron el uno al otro.

—Vamos —dijo ella—. Incidente resuelto. Slim.

—Eres asombrosa, Vany. ¿Quién te enseñó a pelear así?

—Bien lo sabes. Mi maestro de artes marciales. No es la primera vez que me ves en acción.

—Lo sé, pero siempre me causas el mismo pasmo. Esos tipos se estarán preguntando durante meses qué diablos les golpeó, si una mujer o un huracán.

—Les está bien empleado el correctivo. Ellos no hubieran dudado en dejarnos hechos unas piltrafas con sus cadenas y barras de plomo. Algunos de esos tipos han llegado a matar a sus víctimas. Los del *gay power* son muy peligrosos.

—¿Crees que vale la pena meterse en estos líos por encontrar a una *punkie*?

—Cuando esos tipos nos quisieron quitar de en medio, es que alguien tiene interés en que no se investigue en torno al ambiente

de Dana Weaber, el chico desaparecido de su casa para dedicarse al travestismo. Empiezo a pensar que a papá pudieron matarle a causa de este feo asunto, Slim.

—¿Tú crees? —dudó él—. Lo de esos motoristas no debe hacernos pensar que éste sea realmente el camino, Vany. A tu padre no le mataron de una paliza, sino de tres disparos a bocajarro.

—No es fácil que lo olvide, Slim. Como tampoco era fácil que a papá le mataran de esa forma sin él intentar defenderse. No hay duda de que la acción de su asesino le sorprendió. Lo suficiente para que no pudiera evitar su muerte.

—¿Y esa tal *Boobs* adónde nos conducirá, si es que damos con ella? —dudó Slim.

—No lo sé aún —detuvo el coche en un punto de Chinatown, frente a un farol verdoso de papel, que brillaba a la puerta de un pequeño local de puerta roja, lacada. No lejos de allí, varios restaurantes chinos mostraban sus anuncios luminosos a lo largo de Stockton Street. Las pintorescas cabinas telefónicas de lacado rojo con techos superpuestos, a la usanza de las pagodas chinas, aparecían acá y allá, en las esquinas del barrio Chino de San Francisco. Vanity mostró el farol—. Ya hemos llegado, Slim. Pronto puede que tengamos respuesta a eso.

Entrar en El Farol Verde no resultó difícil. Bastó con pagar en la entrada un *ticket* de precio realmente abusivo: veinticinco dólares por cabeza. La chinita sonriente, de kimono rojo y oro, les tendió dos *tickets* con consumición incluida. Bajaron unas empinadas escaleras, estrechas y largas, hasta un angosto local situado abajo, todo él decorado a la usanza oriental y servido por chinas jóvenes y bien parecidas, de fácil sonrisa y ojillos almendrados.

Aparte esos exóticos detalles, muy acordes con el barrio en que se hallaban, todo allí era como en cualquier otro club y discoteca. Barra, mesas, luz tamizada, casi oscuridad en muchos puntos de la sala, música ruidosa, pantalla de video, rayo láser y pista de suelo iluminado. Había un grupo de *punkies* de indescriptible aspecto en un rincón de la barra. Chicas rapadas al cero, muchachos con coleta como los chinos o moño como los mohicanos, pelos erizados, rojos, verdes, azules o amarillos, indumentarias multicolores, sedas, cueros, orejas perforadas con colgantes, imperdibles clavados en la mejilla o nariz con argolla entre otras delicias propias del mundo

punk, sin olvidar los maquillajes espectaculares, con manchas azules, negras o rojas sombreando ojos o dividiendo rostros.

En una mesa, sola, aislada, estaba *Boobs* Ritter, sin mezclarse con los demás.

Vanity jamás había visto a *Boobs* Ritter, pero no lo necesitaba para identificarla. Sólo aquella mujer podía ser ella. Bastaba con ver sus pechos[1].

Aparte su melena verde y dorada, erizada y puntiaguda, como si de repente hubiese sufrido un susto mortal, lucía una camiseta de tiras, incapaz de retener aquellas dos inmensas moles que tenía en el busto, dos senos realmente gigantescos, redondos y prepotentes, capaces de desbordar toda prenda imaginable con que pretendiera cubrirlos. Por contraste con esa enormidad de busto, ella era esbelta, de brazos y piernas delgadas. De su oreja izquierda colgaba un largo aro dorado, y se maquillaba en tonos verdes, amarillos y azules, espectacularmente. Seguía la música de un grupo *punkie*, en la pantalla de video, agitando el cuerpo y sacudiendo espasmódicamente sus piernas. El resultado era que sus colosales pechos bailoteaban increíblemente, casi a punto de escaparse totalmente de su camiseta salpicada de inscripciones obscenas y agresivas, escritas con tinta de varios colores.

—Hola, *Boobs* —saludó audazmente Vanity, parándose junto a ella.

La otra la miró, dejando de sacudir el torso, entornó los ojos astutamente y reflejó en su gesto evidente hostilidad.

—Oye, niñita, ¿de qué nos conocemos tú y yo para que me saludes? —rezongó con voz de tono agrio.

—De nada. Soy amiga de un amigo tuyo. Eso es todo. Además, Raquel me dijo que viniera a verte aquí.

—¿Raquel? ¿Qué Raquel? ¿Ese marica del Club 5000?

—Sí, el mismo.

—Es un puerco vividor. Sólo hace esas cosas por dinero. No me gusta. Ni tú tampoco, niñita —y siguió haciendo bailotear sus increíbles pechos, ante la mirada pasmada de Slim.

—Yo busco a Melody —dijo fríamente Vanity ahora—. O a Dana Weaber, para ser más exactos. Tú sabes dónde está.

—Oye, a mí no me vengas con monsergas. Si eres de la bofia, que te larguen de aquí con viento fresco o te voy a sacudir yo de lo

lindo. Ese tipo que te acompaña tiene pinta de policía. Y tú también.

—No somos policías. Sólo detectives privados.

—Es igual. Sabuesos. Los huelo a distancia. Largaos, vamos.

—*Boobs*, tengo motivos para pensar que alguien te hizo esa pregunta antes que yo. Y ese alguien está muerto. Le mataron a tiros. Era mi padre. Un detective privado llamado Desmond Lane. ¿Te dice algo todo eso?

La *punkie* dejó totalmente de menearse al ritmo de la música. De repente, se mostró seria. Clavó sus ojos, oscuros y rodeados de sombras verdes, en las jaspeadas pupilas de la muchacha. Silabeó lentamente:

—¿Qué dices? ¿El viejo ha muerto? ¿Asesinado?

—Sí. Supongo que tú no tuviste nada que ver en eso...

—¡Infiernos, claro que no! ¿Por quién me tomas? Yo no soy violenta. Sólo a ratos. Y no uso pistola. Ni mis amigos tampoco —señaló a los *punkies* del mostrador—. Tienes razón. El viejo... bueno, perdona, tu padre, me hizo preguntas. Muchas preguntas. Y me invitó a tomar cosas. Era un buen hombre. Listo, eso sí. Muy listo. Además, no quitaba ojo de aquí —rió, tocándose los senos—. Le volvían loco mis tetas.

—Sí, conocía bien a mi padre —sonrió Vanity, sentándose junto a *Boobs*—. No podía evitarlo. El seno de las mujeres era su debilidad. Con que es fácil imaginar lo que pensaría del tuyo...

—Me cayó bien. Lamento que le pasara eso, palabra. ¿Quién fue el hijo de perra que lo hizo?

—No lo sé. Pero creo saber que fue porque buscaba a Melody.

—Eso no tiene sentido, querida —la miró fijamente, tras una ojeada recelosa hacia el silencioso Slim, testigo mudo de la charla entre ambas mujeres—. Melody nunca se mezcló con asesinos. Es demasiado sensible para eso.

—Pues existe algo que relaciona una cosa con otra. Quiero saber qué. Por eso estoy buscando a Melody. Pero me dijeron que ya no usa ese nombre ni el mismo aspecto. En el Club 5000 hace años que no saben nada de él.

—Lo sé —suspiró *Boobs*. La miró, recelosa—. ¿Vas a acusarle quizá del crimen?

—Claro que no. No creo que él tenga relación directa con la

muerte de mi padre. Pero puede conducirme a algo o alguien que sí la tenga. Necesito verle.

—A él no le gustaría saber que yo dije a alguien dónde dar con él, muchacha.

—Lo comprendo. Yo no le mencionaría ese hecho en absoluto. Ni te nombraría siquiera.

—Bueno, éste no es mi estilo. Tú no eres de mi mundo ni de mi gente, pero voy a ayudarte porque tu viejo me caía muy bien. Sí, él preguntó mucho por Melody. Me dijo el motivo. Parecía tener una buena pista, pero no sabía dónde hallarle. Yo se lo dije.

—¿Dónde, *Boobs*?

—En un cierto local de esta ciudad. Es suyo. Propiedad de él. Ahora está allí, con otro nombre. Se hace llamar Delirio. Eso es muy suyo. Es el *travesti* más sofisticado y curioso que he conocido. Por eso me cayó bien. No me gustan los de su clase. El es distinto. Pero ha sabido ser también muy listo. Ahora es rico. Muy rico, diría yo. No necesita para nada el dinero de su padre. Pero ya que el viejo quiere verlo antes de morir, no me parece nada bien impedirselo. Ve al Garden Club. Está en Nob Hill, un sitio distinguido. Van homosexuales de categoría, gente bien a quien no le gustaría que nadie les sorprendiera en semejante lugar. Ve con tacto, querida. Por él sobre todo...

—Descuida. Así lo haré. Gracias, *Boobs*, eres una gran chica.

—¡Psé! —Se encogió ésta de hombros—. Pregúntale a mis padres y te dirían de mí todo lo contrario...

—¿Sabes si mi padre llegó a ver a Melody en ese local? —quiso saber Vanity, poniéndose en pie.

—Seguro que sí. Fue allá y apenas habló conmigo. Dijo que no podía perder tiempo, porque sabía cosas que hacían muy complicado el caso. No añadió más, ni yo le pregunté. Salió disparado hacia allá. Eso era el lunes.

—El lunes... —Se estremeció Vanity—. Esa misma noche le mataron.

—Lo siento de veras. —*Boobs* meneó la cabeza. Luego se fijó en Slim—. Eh, tú, ¿qué miras tan embobado? ¿Mis pechos? No, si todos los hombres sois iguales... ¿Nos conocemos?

—No, supongo que no —respondió Slim, algo cortado.

—Vamos, Slim —le invitó Vanity, tirando de su joven colega por

una mano—. No te conviene excitarte ahora. Gracias por todo, *Boobs*. Hasta otra vez.

—Adiós, chica. Y suerte —le deseó ella. Luego, guiñó un ojo a Slim, meneó su busto provocativamente y canturreó la canción que sonaba en el video—. Adiós, guapo, vas a quedarte bizco si sigues mirando aquí...

—No sabía que te gustaran tanto los senos —comentó secamente Vanity, camino de Nob Hill.

—¿Hay algo malo en eso? —murmuró Slim, agresivo.

—No. Sólo que denota complejo de infantilismo. Ya sabes, la obsesión mamaria del americano medio...

—Bueno, pues yo soy americano medio, ¿y qué? Esa mujer tiene un busto que asusta.

—Papá hubiera dicho igual —suspiró ella, moviendo la cabeza—. ¡Hombres...!

Detuvo su coche ante un local de luminoso azul, donde se leía: Garden Club, en una de las empinadas calles residenciales de Nob Hill. Parecía lugar discreto, acorde con la zona en que estaba ubicado. Alrededor del pequeño edificio donde se hallaba instalado, eran visibles numerosas residencias de aspecto señorial y tranquilo. En un lugar así, no podían darse escándalos, de modo que el local, para ser *gay*, tenía que observar un comportamiento ejemplar, o ya no estaría allí.

Llamaron a la puerta herméticamente cerrada, usando un timbre lateral. Se abrió una pequeña ventanilla por la que les escudriñaron unos ojos. Nadie hizo intención de abrir.

—¿Qué desean? —indagó una voz con frialdad.

—Entrar, naturalmente —dijo Slim con igual entonación.

—¿Son socios del club?

—No.

—Entonces, lo siento. No pueden entrar. Normas del local.

—Ya. —Slim mostró su credencial ante la mirilla—. Somos detectives. Buscamos a un hombre. Dana Weaber. Se le conoce aquí por Delirio. ¿Prefiere que avisemos a la policía?

—Oiga, no tienen motivo para eso. ¿Quieren jaleo? —Se irritó el hombre.

—No, no queremos jaleo —intervino Vanity—. Sólo ver a Delirio. Es confidencial. Nos envía su padre, Charles Weaber. ¿Va a

dejarnos entrar o no? El portero vaciló. Al fin, empezó a cerrar la mirilla.

—Está bien —dijo—. Si no arman líos, entren. En otro caso, seremos nosotros los que avisemos a la policía. También tenemos nuestros derechos.

Se abrió la puerta tras cerrarse la mirilla. Un hombre flaco, alto y maquillado de color pálido, les abrió la puerta. Llevaba camisa negra y lucía sortijas en sus dedos. No les puso buena cara, pero les mostró un corredor alfombrado.

—Entren —invitó—. Al fondo está el club. Si quieren ver a Delirio, lo encontrarán en la planta baja, en su oficina. No es hora aún para él de actuar. Se ocupa del negocio, para eso es suyo.

Slim y Vanity se miraron, asintiendo. Era la primera vez que oían a alguien referirse a un *travesti* como «él», por otro de su misma condición. «Tal vez era un modo de respetar al jefe», pensó Vanity.

—Yo miraré por la sala —dijo Slim—. Tú puedes ir a ver a ese tipo. Tal vez se fíe más de una mujer que de mí.

—Es una buena idea, Slim —aceptó ella—. Ten cuidado, no vayan a seducirte...

—¡Qué graciosa! —refunfuñó su compañero—. Todavía no me ha dado por esas aficiones, querida.

—Claro —rió Vanity—. Por suerte, prefieres los senos de *Boobs* y cosas así. Pero encontrarás a travestidos que parecen exactamente mujeres y muy bien desarrolladas. Ésos dan a veces el pego a los que gustan de las curvas exageradas, como tú.

—No seas tonta —rió a su vez Slim, parándose a mitad del pasillo—. A todos los hombres nos gustan esa clase de curvas en las chicas. Pero nos atraen más en realidad otra clase de físicos femeninos. Como el tuyo, por ejemplo.

—Vaya, eso es halagador. —Vanity le miró, sorprendida—. ¿Te gusto?

—Creo que estoy enamorado de ti, aunque eso te haga reír —suspiró Slim Irwin.

—No, Slim —meneó la cabeza negativamente—. Eso no me hace reír. Me gusta oírlo. Tú tampoco me disgustas, la verdad. Eres guapo, varonil, atractivo... Esa tal *Boobs* bromeaba contigo, pero te miraba de un modo muy especial. Juraría que hubieras ligado fácil

con ella. Ese truco de preguntar si os conocíais fue significativo.

—Oh, deja a esa *punkie* —de nuevo Slim, ingenuamente, enrojeció—. Una cosa es que me fascinaran sus atributos físicos, y otra que me interesara relacionarme con ella. Te repito que sólo buscaría algo así con una chica como tú, Vany.

—Hablaremos de ello nuevamente cuando terminemos con este caso —prometió ella—. Ahora vamos a la carga. Delirio puede ponernos en la pista del asesino de mi padre, y eso es lo que cuenta ahora, por encima de nuestros propios sentimientos.

Llegaron ante una cortina rojo oscura, que alzó alguien al sentirles llegar. Vieron a una rubia escultural, de minifalda, que sonreía melosa al franquearles el paso. Slim advirtió en ella la prominencia de su busto, casi tan espectacular como el de *Boobs*. Pero Vanity le avisó en un murmullo:

—¿Qué te dije? Nadie diría que es un hombre...

Slim torció el gesto, dejando de mirar a «la» rubia. El *travesti* dirigió una mirada desdeñosa a Vanity, y dio media vuelta, alejándose.

El local era reducido y decorado con buen gusto. Hombres normalmente vestidos y travestidos de cierta discreción compartían mesas y barra. Un afectado joven, pálido y demacrado, tocaba al piano unas melodías. El ambiente parecía discreto, pero no había una sola mujer allí. El clima que se respiraba era ambiguo y equívoco, pero no obsceno.

—Cualquiera diría que es un club normal y esa gente son parejas normales —apuntó Slim secamente.

—Sí, así parece. ¿Sigues pensando en quedarte aquí solo?

—Claro. Soy capaz de ahuyentar a cualquier moscón de éstos, no temas. Ve tranquila, Vany, nadie va a sorprenderme ya.

Se acercaron a un rincón de la barra, de forma semicircular. Un camarero de rostro frío y afectado les atendió, con escudriñadora mirada fija en Vanity. No parecía entender la presencia de una mujer allí.

—Venimos a ver a Delirio —explicó ella—. Póngame dos *gimlets*. Soy amiga de la familia. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Abajo —señaló una puerta al fondo, con una luz roja encima—. Por el corredor derecho se va a los lavabos. El izquierdo es el de las oficinas y dependencias.

—Muy amable —dijo ella. Esperó a que les sirvieran el pedido, tomó un sorbo y sonrió a Slim, que miraba en torno, escudriñador —. Te dejo. Voy a ver a ese tipo.

Asintió el joven detective. Ella se alejó hacia la puerta señalada. Desapareció por ella. Slim, con su vaso en la mano, se apartó del mostrador, dando unos pasos hacia un rincón junto a los cortinajes, evitando mirar a ninguno de los presentes. Notaba muchas miradas fijas en él, pero simuló no advertirlas.

Mientras tanto, Vanity caminaba por un largo corredor, en dirección al fondo del mismo, donde un rótulo advertía claramente: «No pasar. Sólo personal de la casa». No hizo caso y siguió adelante, llegando ante un par de peldaños que subían hasta una puerta cerrada en cuyo paño se leía: «Privado». Llegó. Golpeó con los nudillos.

—Adelante —invitó una voz firme tras la puerta.

Giró el pomo y abrió, asomando a un despacho pequeño, alumbrado por una lámpara neón en el techo. Un flexo sobre la mesa aparecía apagado. Tras la mesa, con gafas e inclinado sobre unos papeles, se hallaba un hombre joven, con larga melena de mujer, ondulada y suavemente rubia, aunque vestido con ropas masculinas. A un lado se veía un tocador con espejo, lleno de maquillajes y cremas, así como un vestido de mujer, de color fucsia brillante, colgado de una percha.

El ocupante de la estancia miró a la joven detective con extrañeza, a través de sus gafas de vista cansada. Pese a su larga melena y su rostro cambiado, ella le identificó en el acto. Era Dana Weaber, el hijo de su cliente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el joven con voz afectada —. Una mujer...

—Soy Vanity Lane, hija de Desmond Lane, detective privado. Su padre, Charles Weaber, nos encargó dar con usted donde estuviera.

—El viejo es obstinado... —suspiró el ocupante del despacho, sacudiendo la cabeza resignadamente—. Bien, ya me ha encontrado. Y ahora, ¿qué?

—Nada. Supongo que deberé decirle a mi cliente dónde está y cómo se hace llamar.

Para eso me pagan.

—¿Y su padre siempre la encarga a usted de estas cosas? El ya

me encontró antes que usted, a fin de cuentas...

—Mi padre murió esa misma noche, señor Weaber. Le asesinaron.

—Cielos... —Los ojos brillaron asustados tras las gafas—. Dorian... Debió ser él...

—¿Quién ha dicho? —preguntó rápidamente ella.

—No, nada —rectificó de inmediato el joven Weaber—. De veras lo siento. No podía saber... Pero entre, se lo ruego. Ya que ha venido, hablaremos. Sobre todo ahora, en que sé que mataron a su padre. Eso me confirma en mis temores. Empezaba a estar asustado. Y creo que tengo razón para ello. Usted debe conocer la causa cuanto antes. Por si acaso me matan también a mí cualquier día.

Vanity entró, decidida, en el despacho del *travesti*. Miró el vestíbulo fucsia. El sonrió pálidamente.

—Mi ropa habitual —dijo—. ¿Escandalizada?

—No, no. Yo nunca me escandalizo por nada. Esas cosas son asunto suyo.

—Hubo un tiempo en que fue divertido. Ahora ya no. Empiezo a tener miedo, de muchas cosas... Siéntese, se lo ruego.

Vanity asintió, aproximándose a una silla para acomodar se frente a su interlocutor. Éste parecía cansado, harto de muchas cosas. Ni siquiera le notó ya la afectación normal en los *gays*.

—Le escucho —dijo Vanity. Y observó que él contemplaba con fijeza un retrato enmarcado que tenía sobre un mueble metálico, un archivador. Trató de verlo, pero el retrato estaba en escorzo a su actual posición y no le fue posible advertir lo que el dueño del Garden miraba con tanto afán.

—Bien, señorita Lane —comenzó el joven Weaber, regresando lentamente a la mesa de trabajo. Señaló al retrato del marco—. Desde que conocí a Dorian supe que algo malo podía ocurrir. Era sólo un presentimiento, pero él me atraía y yo...

Inesperadamente, se apagaron las luces por completo. La estancia quedó a oscuras. Dana Weaber lanzó una imprecación de sorpresa. Vanity se incorporó en su asiento, asaltada por una súbita aprensión y buscó en su monedero la pistola.

—¿Qué ocurre? —demandó, tensa.

—No sé —dijo él—. Tal vez los plomos. Están en el corredor... Ocurre a veces, pero no totalmente, siempre queda alguna luz en el

pasillo...

La puerta del despacho había quedado abierta al entrar Vanity y, ciertamente, no llegaba hasta ellos la menor claridad. En las tinieblas, Vanity captó un roce a sus espaldas. Se volvió, empuñando su arma.

De repente, un arma restalló por tres veces en la sombra. Tres fogonazos taladraron la oscuridad. Weaber lanzó un grito ronco. Luego, se oyó el impacto de un cuerpo al caer, con golpe sordo.

—¡Weaber! —gritó Vanity—. ¿Qué sucede?

Y rápida, se revolvió, disparando su arma contra el corredor en sombras. Oyó pisadas que se alejaban a la carrera y volvió a disparar. Allá, al final del pasillo, una voz aguda le llegó clara:

—¡Vany! ¿Dónde estás? ¡Vany! ¿Qué ocurre?

—¡Cuidado, Slim! —gritó ella—. ¡Hay un asesino aquí! ¡Han disparado sobre Weaber!

Slim no respondió. En vez de eso, ella oyó un juramento con voz aguda, una sorda imprecación violenta y un forcejeo. Alguien golpeó el suelo. Slim gritó triunfal:

—¡Le he cogido! ¡Le he cogido, Vany! Yo...

De repente, sonó una detonación. El grito de Slim se apagó bruscamente. Vanity sintió martilleos en el pecho. Agitada, corrió pistola en mano hacia el fondo del corredor, mientras arriba, en el club, se oían voces bruscas y alteradas.

Cuando llegaba ya cerca de donde oyera la voz de Slim, las luces brillaron súbitamente, deslumbrándola.

Aun así, le fue posible ver a Slim caído en el pasillo, sangrando por un brazo abundantemente, retorciéndose de dolor, con el rostro lívido y crispado. No lejos de él, yacía una pistola automática humeante, así como un pañuelo oscuro, desgarrado.

—¡Slim! —jadeó, asustada, arrodillándose junto a él—. ¿Qué te ha pasado?

—Ese maldito... —farfulló el detective con voz ronca—. Le tenía sujeto, logré incluso arrancarle del rostro una máscara, un pañuelo... Entonces disparó a quemarropa. Suerte que sólo me alcanzó el brazo, pero creo que buscaba darme en el cuerpo... Ha escapado... Creo que por ahí...

Y señaló la bifurcación que conducía a los lavabos.

Ya por la escalera descendían varios camareros asustados, así

como algunos clientes. Al ver herido a Slim y armada de la pequeña pistola de lujo a Vanity, pararon en seco, alarmados. Ella les tranquilizó con un gesto.

—Alguien disparó sobre su jefe —dijo a un camarero—. Y sobre mi compañero. Ha huido hacia los lavabos. Ocúpense de ellos dos. Yo buscaré a ese criminal.

Corrió hacia los aseos, con el arma presta para disparar, pero se detuvo con desaliento al comprobar que no sólo conducía a los lavabos, sino que había al fondo una ventana que asomaba a ras de la calle al exterior. La ventana estaba abierta y no tenía protección alguna. Parecía obvio que el agresor escapó por allí.

Se encaramó en unos cajones que sin duda sirvieron al criminal para huir, y asomó a la calle, oscura y silenciosa. No vio ya el menor rastro del fugitivo.

Regresó, contrariada, junto a Slim, de quién se ocupaban dos camareros. La joven ordenó, tajante:

—Avisen a la policía y a una ambulancia, pronto. Lamento complicarles la vida, pero el club no está implicado en esto. Alguien se introdujo en él esta noche, para atacar a su dueño, Dana Weaber... —Se volvió hacia el despacho, de donde regresaba, lívido, uno de los camareros. Alterada, demandó—: ¿Qué ocurre? ¿Cómo está su jefe?

—Muerto —gimió el camarero de aire afectado—. Muerto a tiros, señorita...

CAPÍTULO IV

—Muerto, Vanity. Siempre que me reúno contigo, encuentro a alguien muerto...

—Lo siento, Ralph. Esta vez no tuve nada que ver en el asunto. Estaba charlando con ese joven amistosamente cuando alguien nos interrumpió y le cosió a balazos. También pudo haber matado a Slim, maldito sea.

—Lo sé, lo sé. Pero es que te metes en los líos más espantosos imaginables —se quejó el teniente Kingsby amargamente—. ¿Seguro que no pudiste reconocerle?

—¿Al asesino? Ni siquiera le vi en la oscuridad. Los disparos no reflejaron nada. Tal vez porque llevaba ese pañuelo oscuro sobre el rostro, el que le quitó Slim.

—Y en ese momento, Dana Weaver iba a contarte algo importante...

—Sí. Algo relacionado con su vida de homosexual. Pero ya nunca lo sabremos. Temía morir asesinado, y así ocurrió.

—¿Te lo dijo él?

—Sí. Y nombró a un tal Dorian. Parecía temerle y le atraía, a la vez.

—Quizá algún amigo o amante. Pobre diablo, llevó una mala vida y terminó peor. En este ambiente ocurren muchas veces esas cosas. Crímenes pasionales y cosas así.

—A papá no le mató un asesino pasional —objetó fríamente Vanity—. En estas muertes hay algo más que una pasión del género que sea, Ralph.

—¿Qué, por ejemplo?

—No sé —ella paseó por el despacho del muerto, parándose ante el mueble archivador—. Esa foto, por ejemplo...

—¿Qué foto? —El teniente miró con perplejidad—. Sólo hay un marco vacío...

—Ya lo sé —ella tomó el marco y lo estudió—. Vacío. Pero no lo estaba cuando Weaber lo miraba. Había alguna fotografía en él...

—¿Crees que el que disparó tuvo tiempo de robar la foto, sacándola de ese marco?

¿Tanto tiempo transcurrió?

—No, no fue mucho. Pero el que disparó lo hizo junto a ese mueble cuando penetró a mis espaldas, aprovechando el momento de total oscuridad. Recuerdo bien dónde vi los fogonazos. Debía conocer esto muy bien. Y sabía que esa fotografía estaba ahí. Pudo manipular con rapidez, usando su zurda mientras disparaba con la derecha, recuerdo que capté un roce antes de sonar los disparos. Debió ser el momento en que, sigilosamente, estaba sacando la fotografía del marco. Ya ves que no tiene respaldo, de modo que no era difícil.

—Sí, me doy cuenta. ¿Por qué no robarla, entonces, con marco y todo, evitándose dificultades y problemas? —Se mostró Ralph, perplejo.

—No lo sé. Quizá pensó que yo no sabía nada de la fotografía, y podíamos pensar que ese marco lo dejó vacío en su día el propio Weaber.

—¿Y si fue realmente así?

—No, no. Lo miraba con interés, con cierto deleite... Sospecho que ahí estaba fotografiado... el misterioso Dorian, la persona de quien habló. Sola, o con él, no sé.

Kingsby asintió, frotándose el mentón, pensativo. En ese momento, un agente uniformado llegó hasta él y le informó de algo. El teniente de Homicidios se limitó a hacer un movimiento de cabeza, volviendo junto a Vanity.

—El cuadro de interruptores eléctricos está en el corredor de aquí abajo, tras un panel. Hay que conocer bien el lugar para saber cómo hallarlo.

—Eso demuestra que el asesino no era un extraño en el edificio, Ralph.

—Sí, eso parece. Arriba existe otro cuadro de emergencia, que es el que activaron los camareros al quedarse a oscuras, pero les llevó unos minutos preciosos, porque inicialmente pensaron en un apagón general de la zona. Últimamente ha habido dos o tres en la vecindad por unas obras del tendido eléctrico y eso les desorientó.

—Quizá el asesino ya había previsto eso, conocedor del hecho. Creo que el tal Dorian, si es que mató a Weaber, es una persona sumamente astuta...

Otro policía asomó para informar en voz alta:

—El señor Irwin ha sido conducido ya al hospital. Dicen de allí que está bien. La bala, por fortuna, no interesó hueso alguno en su brazo, pero ha perdido bastante sangre.

—¿Y el arma que perdió el asesino tras disparar a Slim? —indagó Vanity—. ¿Tiene huellas?

—Me temo que no —suspiró Kingsby, sacudiendo la cabeza—. Se examinará a fondo, pero el primer examen revela ausencia total de huellas. El asesino llevaba guantes, de eso no hay duda.

—Y volvemos a estar como al principio... —se quejó Vanity—. Primero asesinan a mi padre, luego a Dana Weaber... ¿Quién, por qué?

—El caso ya no es tuyo, Vanity —la recordó Kingsby gravemente—. Ha habido un asesinato más y ahora no se trata de tu padre, sino de otra persona. Es un asunto de mi Departamento en exclusiva, te lo recuerdo. Nada de detectives privados.

—Ralph, ¿y no vas a dejarme colaborar en ello? —suplicó la joven.

—No, en absoluto. Tú lo que deseas es encontrar a ese asesino y vengar a tu padre. Yo sólo pretendo que se cumpla la ley, ahí está la diferencia.

—¿Y si te prometo que no me tomaré la justicia por mi mano?

—No te creeré, simplemente. Te conozco. No vas a convencerme de eso, Vanity.

—Por favor, Ralph...

—No. Y no se hable más.

Ella le miró en silencio, largamente. Sacudió la cabeza con energía, apretando los labios.

—Está bien —murmuró—. Es la guerra, Ralph. La guerra entre tú y yo. Encontraré el medio de seguir adelante con esto, sin que puedas impedírmelo de nada.

—Y yo te tendré que quitar la licencia o arrestarte —la recordó el joven policía con énfasis.

—Veremos, Ralph, veremos —dijo ella con decisión, encaminándose a la salida.

El pareció a punto de impedirle la salida, pero rectificó, se quedó callado y la vio alejarse, con un taconeo breve, rápido y furioso, en dirección a la salida del club *gay* de Nob Hill.

Llamaron a la puerta.

Vanity dejó de beber la cerveza, arrugó el ceño y consultó su reloj. Eran nada menos que las seis de la mañana, clareaba ya sobre la ciudad, y aunque se sentía cansada, no tenía ni pizca de sueño.

Miró a la puerta vidriera de la vieja oficina de la agencia. A través del vidrio esmerilado se vislumbraba una silueta masculina, ancha y no muy alta. Vanity entreabrió una gaveta, tras la mesa despacho, comprobando que estaba allí un 38 negro, pavonado, sumamente útil en ciertos casos.

—Adelante —invitó, cuando repitieron la llamada a tan desacostumbrada hora.

La puerta se abrió. El hombre avanzó hacia ella. Era robusto, canoso, de rostro algo contraído y pálido. Ojos grises, fríos y opacos, gesto fatigado. La miró tristemente, bajo sus cejas revueltas y espesas.

—Buenos días —saludó—. Soy Charles Weaber, señorita Lane.

La joven tragó saliva. Se quedó mirando al hombre. Le señaló un asiento, que él ocupó pesadamente, como si su cuerpo fuese un lastre demasiado grande para arrastrarlo sobre las piernas.

—Gracias —musitó el hombre—. No me diga nada. Acabo de saberlo todo. Un tal teniente Kingsby me visitó en casa.

—Sí, comprendo —ella se mordió el carnosos labio inferior. Ofreció cigarrillos al hombre, y él negó con un amago de sonrisa penosa.

—No fumo, gracias. Ni bebo —declaró Weaber—. Ya no vale la pena, créame. Nada vale la pena. Y ahora, menos que nunca. Sólo confiaba en que mi hijo me sobreviviera, ocupase mi puesto en mi casa, heredase mis cosas y mi dinero. Ahora ya no tengo nada ni a nadie. Dentro de una semana, de dos o tres acaso, moriré. Y estaré solo, completamente solo...

—Dana me dijo que iba a reunirse con usted —mintió piadosamente Vanity—. Pero no le dejaron hacerlo...

—No necesitaba engañarme por compasión, señorita Lane —sonrió con amargura Weaber—. Dana nunca hubiera vuelto. Pero

me conformaba con verle. Con pedirle que no faltara al lado de mi cama en el día en que me tocara marcharme para siempre... Pobre Dana. Vivió una existencia equivocada. Y murió cómo había vivido. ¿Le mató Tashwell, señorita Lane?

—¿Quién? —Ella pegó un respingo, sorprendida.

—Dirk Tashwell, naturalmente —suspiró el padre del *travesti* asesinado—. Era su socio en ese club de Nob Hill... el Garden, ¿no se llama así?

—Tashwell... Lo ignoraba. Sólo sé que es el dueño del Blue Sky, junto a Chinatown —confesó Vanity, en tensión—. ¿Cómo sabe usted eso?

—Obtuve la confidencia del teniente Kingsby esta madrugada. El negocio está inscrito a nombre de los dos. Eran socios.

—Kingsby no me contó nada de eso a mí.

—Al parecer acababa de saberlo cuando vino a verme. Pero no había nada de tipo sexual entre Dana y ese Tashwell. Al parecer éste es un tipo completamente opuesto a mi pobre hijo. Tiene una amante, una tal Sue Chambers, que canta en el Blue Sky. Y es un mujeriego mezclado en asuntos de drogas y de prostitución y pornografía. El no cree que Tashwell matara a mi hijo, pero yo no puedo estar seguro de eso.

—Su hijo parece ser que hizo dinero fácilmente, aun sin su ayuda, señor Weaber. No es fácil hacerse socio de un tipo como Tashwell.

—Sin duda tuvo relación con algún pez gordo. Ese club de Nob Hill era frecuentado por mucha gente rica y respetable, de inclinaciones equívocas, ya sabe.

—Sí. Pero a quien yo busco es a un tal Dorian. Supongo que será difícil saber nada de él. Además, señor Weaber, no puedo ahora ayudarle ya en nada. La policía me prohíbe investigar el crimen. Es asunto de ellos, no de una agencia privada de investigación.

—Lo supongo —la miró con fijeza—. Usted encontró a mi hijo, señorita Lane. No es culpa suya que le mataran. Cumplió el encargo que hice a su padre como cliente. He vuelto por eso. Deseo que vuelva a aceptarme como cliente. Le pagaré la misma suma que recibió entonces el señor Lane: diez mil dólares por sus servicios.

Y tras rebuscar en una cartera de piel de cocodrilo, puso sobre la mesa un talón bancario al portador por esa cifra. Vanity lo miró,

pensativa.

—De veras lo lamento, señor Weaber —negó con la cabeza—. No puedo. La policía se me echaría encima y me quitarían la licencia. Tampoco mi socio, que ahora está hospitalizado, víctima de ese criminal, se haría cargo del caso en estas circunstancias.

—No le pido que busque a un asesino. Eso sería ilegal, lo sé. Sólo le encargo una cosa que nadie puede impedir que investigue, dentro de los márgenes de la ley.

—¿Qué cosa, señor Weaber? —se interesó vivamente Vanity.

—Busque al amante de mi hijo, se llame Dorian o como sea. El pretexto no será saber si es un criminal o no. Oficialmente, mi deseo es conocer a esa persona para ofrecerle en herencia mis bienes, si realmente amaba y fue amado por mi hijo, es todo.

—Creo entenderle. ¿Y si no era así? ¿Si ese amante es un asesino?

—Entonces... —Weaber se encogió de hombros, con un brillo extraño en sus ojos—. Entonces, señorita Lane, usted me lo dice así... y el resto es cosa mía.

—Ya. Venganza, ¿no?

—Digamos que hacer justicia a mi modo. A mí no podrían hacerme gran cosa ya. Al encarcelarme, sólo sobreviviría unos días en una celda. Les burlaría por completo. Pero si realmente hallo a alguien que trató bien a mi hijo y significó algo bueno en su vida, realmente le dejaré mis bienes como si fuese mi propio hijo.

—Es un extraño encargo el suyo, señor Weaber. Y difícil. Será como andar sobre el filo de una navaja.

—Creo que usted es una joven muy decidida y valiente, especializada en cosas así —sonrió su cliente, mirándola con fijeza.

—Está bien —aceptó al fin Vanity, alargando su mano hacia el talón—. Acepto el caso, señor Weaber, Y sea lo que Dios quiera. Le diré algo lo antes posible.

—Sí, por favor —rogó él, levantándose lentamente—. Recuerde que no es precisamente tiempo lo que me sobra...

Y tras tenderle una mano fría y seca, se encaminó a la salida con paso lento, pesado.

Vanity se quedó mirándole en silencio. Luego, dobló el talón cuidadosamente, tomó el teléfono y comenzó a hacer llamadas, mientras abría una gaveta y sacaba un bote de café soluble para

prepararlo con agua caliente del grifo. No pensaba dormir ya esa mañana, pero tendría que mantenerse espabilada si quería trabajar con eficacia.

CAPÍTULO V

El hombrecillo parecía siempre asustado. Humedecía los labios con la punta de una lengua inquieta y demasiado blanca, hacía girar los ojos en sus órbitas y jugueteaba nerviosamente con unos dados de hueso en su mano izquierda.

—Sabes que no me gusta hablar de esas cosas, Vanity... —se quejó con tono plañidero, mirando en torno con recelosa mirada.

—Lo sé, Pretty, lo sé —sonrió suavemente ella, apretando con calor su hombro—. Pero vas a hacerme a mí ese favor porque somos amigos y siempre colaboraste con mi padre eficazmente.

—Si los muchachos se enteran de esto, mi pellejo no valdría nada, te lo aseguro. Últimamente, hay mucho homosexual violento, capaz de cortarme el gaznate si llegara a saber que doy información a los detectives privados.

—Pero es que nadie se va a enterar. Soy una tumba, Pretty —dijo ella solemne, contemplando a aquel personajillo de hampa que lucía un apodo tan poco apropiado a su aspecto físico [2].

—Está bien, no sigas —se lamentó él—. ¿Qué quieres saber, exactamente?

—Mira, Pretty, tú conoces bien a todos los de tu clase. Por algo eres un veterano del mundo gay.

—¡Y tan veterano, querida! —suspiró Pretty—. Ya no me como un rosco y vivo de la caridad de viejos amigos...

—Mi caridad es más generosa que la de ellos —puso en sus huesudas manos un billete de cien dólares—. ¿Hablarás ahora?

—Claro. Pregunta lo que quieras —jadeó, guardándose rápido el dinero con un afectado ademán que revelaba la condición homosexual del hombrecillo.

—Quiero saber algo sobre un tal Dorian.

—Dorian... —El otro se humedeció los labios, echándose atrás instintivamente, con ojos desorbitados—. Cielos, Vanity, ¿por qué

no otra cosa?

—¿Qué ocurre con Dorian? —quiso saber ella, sorprendida—. ¿Tanto te asusta?

—Asusta a todos. Es un tipo peligroso y cruel como pocos. Pero trae locos a los *travestis* de San Francisco. Es un chulo redomado, un rufián implacable y brutal, pero al que adoran los muchachos que se visten de chicas y se ponen pechos postizos. No sé lo que verán en él, la verdad, pero hay gente tan rara hoy en día... El mundo ya no es lo que era, Vanity, te lo prometo.

—Lo sé —sonrió ella—. ¿Tú... conoces personalmente a ese tal Dorian?

—Sí, claro. Le vi un par de veces de refilón. No se deja ver mucho. Lleva un coche negro, reluciente. Viste trajes masculinos de fantasía: dorados, plateados, rojos, violeta, cosas así. Y sombreros muy llamativos. Es peor que cualquier *macarra* negro de prostitutas baratas. Su pelo es rizado, negro como el charol, brillante, lleno de grasa. Ya sabes, lo que antes llamábamos brillantina. Y luce siempre gafas negras, muy llamativas, de montura de fantasía. Es una mezcla de proxeneta y amante apasionado de *gays* y *travestis*. Sobre todo, *travestis*.

—¿Has oído algo del idilio entre él y Delirio?

—¿Ese chico al que mataron, el del Garden? —Pretty tragó saliva, inquieto, pero asintió rápido—. Sí, claro que he oído... El tal Dorian le sacaba los cuartos. Ya te dije que es un chulo. Le tenía asustado según dicen algunos. Pero Delirio era un poco tonto y romántico. Estaba loco por el tal Dorian. Y como su amiguito oficial le daba mucho dinero y gracias a eso se hizo socio de Tashwell en el negocio del Garden...

—¿Amiguito oficial? ¿Quién era ese amigo?

—Vamos, chica, si todo el mundo *gay* lo sabe —rió burlón Pretty, guiñándole un ojo—. Nada menos que un pez gordo de San Francisco... Duncan R. Wallace.

—¡Duncan R. Wallace! —jadeó ella, estupefacta—. ¿El político? ¿El presidente del Movimiento de Actividades Morales Ciudadanas?

—El mismo. Así son las cosas, ya ves. El tipo proclamando por radio y televisión la moral y las buenas costumbres, lanzando anatemas contra la prostitución y la pornografía... y mientras tanto, él es un *gay* redomado, consentido por su mujer, que así tiene el

campo libre para pegársela con todos los que conoce.

—Cielos, nunca pensé que hubiera tanta basura en esta ciudad —se quejó Vanity, aturdida—. Es como levantar la tapa de un cubo. Huele mal. Y cuanto más profundizas, mayor es la putrefacción...

—Sí, hija, sí. Y luego se meten con nosotros, los que siempre hemos sido lo que somos bien a las claras.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Dorian?

—¡Cielos, claro que no! Nadie lo sabe. Dorian aparece y desaparece como si fuese un fantasma. Sólo se le ve por las noches, y no siempre. Su madriguera es un completo misterio para todos. Pero eso sí, cuidado con él. Siempre va armado. Y además, lleva un chófer y un protector que son dos matones profesionales de primera fila. Dicen que les paga como si fuese un sultán. Y los tipos son fieles por completo a su amo, a causa de esa generosa paga. No te metas con él, te lo advierto, Vanity. Podría ser muy peligroso.

—Descuida, Pretty, descuida —sonrió ella, dando una afectuosa palmada al viejo homosexual—. Gracias por todo. Nadie va a saber nada de todo eso, no temas. Creo que me has sido muy útil, palabra.

Y se alejó de aquel rincón discreto de los barrios extremos de la ciudad, cercanos a los muelles, donde se había reunido con el confidente del mundo *gay* de San Francisco.

Lin-Ho asintió, con gesto apacible en su cara de viejo pergamino amarillo, deambulando como una sombra entre los mil objetos heterogéneos de su tienda de antigüedades en el barrio Chino de la ciudad.

—Sí, hermosa Ojos de Jade —dijo con la habitual dulzura oriental, mirando risueño a su visitante—. Aquí todos sabemos que Kwan Tsei no es sólo dueño del Farol Verde, sino socio de Tashwell en el Blue Sky de Grant Avenue.

—Ya. Tashwell tiene numerosos socios en sus negocios nocturnos, a lo que veo —comentó ella con ironía—. También estaba asociado con un joven *travesti* asesinado.

—Eso he oído decir —aceptó ambiguamente el viejo chino, amigo de Desmond Lane y de su hija Vanity desde hacía largos años—. ¿Por qué has venido a verme, Ojos de Jade?

—Porque busco a alguien que puede estar tras de todos ellos, Lin-Ho,

viejo amigo. Un tal Dorian, de quien quizá tú no hayas oído hablar.

—¿Dorian? —El chino sonrió, negando con la cabeza—. No, nunca oí ese nombre, Ojos de Jade, aunque creo que un libro vuestro, occidental, trata de alguien con un nombre semejante...

—Sí, ya he pensado en ello —afirmó Vanity, sorprendida por la astucia del viejo chino—. Dorian Gray... Un personaje equívoco de Oscar Wilde. Tal vez de él tomó su nombre el personaje a quien yo busco. A veces creo que sigo a un fantasma, a un ser de papel y no de carne y hueso. Quizá sea culpa de ese nombre literario... ¿Crees que Kwan Tsei está mezclado en algo ilícito?

—La ley de los hombres es ambigua e incierta a veces —confesó Lin-Ho

también con ambigüedad, encogiéndose de hombros—. Hay cosas legalizadas y en cambio otras son delito, cuando tanto se parecen entre sí. Tal vez unas sean siempre culpa de la permisividad en otras.

—¿A qué te refieres concretamente? —Se intrigó Vanity, mirando al anciano oriental fijamente.

—Bueno, tú sabes que las leyes toleran la pornografía, se venden libros, revistas y películas de esa clase, se exhiben incluso... Pero a su amparo, nacen otras cosas del mismo negocio... como pornografía de niños, de menores. Eso sí se persigue. Me pregunto si no existe esta última porque se tolera demasiado la otra...

—Niños... —repitió Vanity, arrugando el ceño—. Creo entenderte. Pornografía de menores. Explotación de criaturas para un sucio negocio...

—Así es. Tashwell hace así mucho dinero. Kwan Tsei también. Le facilita chicas orientales muy jóvenes. Ellas necesitan dinero. Aceptan lo que sea. Algunas trataron de salir de ese negocio. Desaparecieron. Creo que Kwan Tsei sabe dónde están ahora, vivas o muertas. Pero yo no. Sólo hablo de oídas, Ojos de Jade.

—Entiendo muy bien, amigo

Lin-Ho

—dominó Vanity su fría ira difícilmente—. Gracias por la información. Creo que esta noche iré a ver a Tashwell en su club de Grant Avenue.

—Ten cuidado. Es mala cosa meterse en la cueva del dragón para azuzarle.

—Pienso hacer algo más que azuzarle,

Lin-Ho

—prometió ella con dureza.

—Suerte, Ojos de Jade —sonrió el oriental, inclinándose ceremonioso—. Este humilde servidor tuyo lamenta no poder ayudarte más.

—Ha sido suficiente para mí. Creí que era imposible encontrar más basura en esta ciudad. Y tú acabas de destapar otro cubo de inmundicias ante mis propias narices, viejo amigo.

No se diferenciaba de ninguno de los clubs nocturnos que Vanity conocía.

Recogido, confortable, discreto y bien decorado. Luces tamizadas, una barra larga y mesas en torno a la pista donde cantaba una pelirroja espectacular de increíble descote y falda abierta lateralmente hasta el muslo en su vestido rojo brillante.

Como cantante no era gran cosa, pero Sue Chambers era la amante del dueño del local, y además tenía un físico provocativo, que gustaba a los hombres. Eso era suficiente para triunfar en cualquier club nocturno.

Vanity pidió un *gimlet*, echando de menos a su inseparable Slim, ya muy recuperado de su herida en el brazo, según le informaran desde el hospital, donde esa misma tarde iban a darle el alta, para regresar a su casa y recuperarse. Le había llamado, prometiéndole una visita al otro día. Encontró a Slim bastante animado, a juzgar por su voz. Pero ahora hubiera preferido tenerlo cerca de ella. Como dijera el astuto y sentencioso

Lin-Ho,

esto era como meterse en la cueva del dragón. Aun estando éste dormido, eso encerraba peligro. Y no creía que Tashwell estuviera dormido en absoluto.

La vecindad de Chinatown se hacía notar. Y también la existencia de un socio chino en el negocio. Había dos o tres mesas con clientela oriental, aunque vestida a la moda occidental, y no con sus pintorescos atavíos multicolores, aún posibles de ver en muchos sitios del barrio Chino.

Estaba a media consumición cuando vio aparecer, entre las cortinas del fondo de la pista, en la penumbra que dejaba el foco

proyectado sobre Sue Chambers, al hombre alto, de alardes canosos, impecable *smoking* y rostro varonil y enérgico, en compañía de un oriental no muy alto pero sí esbelto y estirado, de rostro hermético, piel aceitunada, cabello liso, aceitoso, y ropas occidentales de excelente corte. Les reconoció de inmediato.

Eran Dirk Tashwell y Kwan Tsei, los socios propietarios del local. Charlaban entre sí animadamente, con gesto serio, que sólo alteraron con una sonrisa de circunstancias, cuando saludaron cortésmente a los chinos de una de las mesas, siguiendo luego hacia el mostrador, donde pidió Tashwell dos *brandys* con hielo. Ambos siguieron su charla en voz baja. Parecían preocupados por algo.

Vanity, situada al lado opuesto de la barra, tomó su *gimlet* y, calmosa, caminó hacia los dos hombres, parándose delante de ellos con gesto indolente.

—Buenas noches —saludó, con voz fría pero cortés—. ¿Cómo van sus negocios de *gays* y de niños y niñas trabajando para sus films y libros pornográficos, Tashwell?

Al otro se le cayó la copa de la mano, rodando sobre el mostrador y derramando su contenido. El chino entornó los ojos, que destellaron fría, malignamente. Tashwell, pálido y con las facciones endurecidas, se volvió hacia ella.

—¿Qué es lo que ha dicho? —jadeó con voz ronca.

—Creo que me ha oído perfectamente, Tashwell —sonrió la joven detective—. ¿Se lo repito?

—¿Quién es usted?

—Vanity Lane. Hija de Desmond Lane, asesinado el lunes pasado en el callejón posterior de este club, Tashwell —explicó apaciblemente Vanity, sin despegar de él sus jaspeados ojos verdes, los que el poético

Lin-Ho

calificaba de ojos de jade.

—Creo entender —apretó los dientes, que chirriaron desagradablemente entre sus encajadas mandíbulas—. Se cree muy lista y viene en plan agresivo a hacer acusaciones gratuitas a la gente respetable, ¿no es cierto?

—¿Usted, respetable? No me haga reír, Tashwell, usted ignora lo que es eso.

—¡Señorita Lane, salga inmediatamente de mi local o me

obligaré a que mis empleados la pongan de patitas en la calle! —bramó Tashwell, con ojos llameantes.

—Anoche, en su otro local, el Garden, me trataron bastante mejor cuando fui a visitar a Dana Weaver, alias Delirio, y hablé con él hasta el momento de ser asesinado.

—¿Usted fue la detective que estuvo allí? —masculló Tashwell, conteniendo su ira—. ¿Y qué quiere ahora? Ser socio de un *travesti* no es un delito, que yo sepa.

—Claro que no. Pero traficar en droga, y buscar criaturas menores entre la población oriental, para filmar sus porquerías de lujo para *voyeurs* pervertidos, sí lo es.

—Tenga cuidado con lo que dice —señaló agriamente el dueño del club—. Es usted una mujer y no me gustaría tomar ciertas medidas violentas, pero está agotando mi paciencia con calumnias y acusaciones. Acostumbro a ser muy complaciente con las damas, especialmente si son bonitas, pero mi paciencia es escasa cuando pretenden abusar de mi caballerosidad para con ellas, se lo advierto. Tómese su copa y lárguese lo antes posible, si no quiere que la haga echar de peores modos.

—¿Va a arrojarme encima a sus asesinos a sueldo, o lo hará personalmente? Supongo que si hizo usted asesinar a mi padre, ordenando luego que se arrojara su cadáver a los cubos de basura como si fuese un desperdicio, no le faltará valor para hacer que eliminen también a su hija, si ésta resulta molesta para usted.

—No sabe lo que dice. Yo no hice daño alguno a su padre —masculló con sequedad Tashwell—. Y eso que también se lo buscó esa noche...

—De modo que era cierto lo que imaginaba —rió duramente Vanity, clavando en él unos ojos tan helados, que el verde de aquellas bellas pupilas parecía ahora hecho de esmeraldas talladas con brusquedad, recibiendo el destello de una llamarada—. Mi padre estuvo el lunes aquí. Y después, fue muerto en ese callejón.

—¡Estuvo aquí, maldita sea, pero nadie de mi club le tocó! —La réplica de Tashwell fue casi violenta, mordisqueando las palabras como si fuesen trozos de goma de mascar con sabor a cianuro.

—¿Y la policía se creería eso, o tendría que recurrir a la complicidad de sus amigos *gay* entre las autoridades y los políticos de esta sucia ciudad, que tan buenos beneficios le reportan

visitando discretamente el Garden Club?

El dardo de Vanity pegó en el blanco. Los ojos de Tashwell se entornaron con peligrosa agresividad, apretó las manos hasta blanquear sus nudillos, y silabeó agriamente:

—Está agotada ya mi paciencia, maldita zorra. Su padre era un entrometido estúpido y torpe, como usted, que hacía acusaciones sin base con tal de sacar algo útil para su apestosa oficina de sabuesos baratos. Era un cerdo y le hice arrojar de aquí con alguna violencia, pero eso fue todo.

Vanity le miró fríamente al recibir en pleno rostro los insultos a su padre. El gesto se le contrajo. Y se limitó a escupir en la cara de Tashwell:

—¡Bastardo! Usted ni siquiera puede ofender a las ratas de cloaca, porque ellas son más limpias y agradables que usted.

Y le descargó una seca bofetada en el rostro, que hizo restallar el impacto como si hubiera sido hecho con un látigo de grueso cuero.

Tashwell acusó el bofetón. Palideció, la miró furioso, mientras el chino sonreía impávido, aparentemente muy divertido por aquel enfrentamiento, y la dura voz del que fuera socio de Dana Weaver restalló ahora como un pistoletazo, cuando ya muchas caras se habían vuelto hacia él, sorprendidas por el sonido del golpe.

—¡Muchachos! —jadeó—. ¡Arrojen a esta mujerzuela de aquí como si fuese un perro!

Dos pesados individuos de anchos hombros, cara aplastada y expresión brutal, a quienes el *smoking* sentaba tan bien como pudiera haberle quedado a un cerdo, salieron de la zona de penumbras del club y se dirigieron hacia Vanity resueltamente.

Ella avisó, mirándoles fríamente:

—No me toquen. Se lo advierto.

Sonrieron ellos confiados, burlones, decididos a poner en práctica las órdenes de su patrón, que insistió en ese punto, con áspera agresividad:

—¡Obedezcan! ¡Fuera con ella y sin contemplaciones! ¡No es una mujer, sino una mala pécora que destila veneno!

Los dos «gorilas» de *smoking* se pusieron a ambos lados, flanqueándola. Uno alargó su enorme manaza para aferrarla por la axila y tirar de ella sin demasiadas contemplaciones. El otro agarró su melena rubia entre los gruesos dedos velludos, con intención de

tirar dolorosamente de ella para arrastrarla hacia la salida.

En ese punto, Vanity se cansó del tratamiento. Y comenzó a disparar brazos y piernas como si fuesen mecanismos disparados por potentes muelles. Su diestra pegó con escalofriante dureza en la nuez abultada del que retenía su axila. Le oyó exhalar un berrido ronco, gorgotear como si perdiera el aire, soltándola y mirándola con incredulidad, el rostro se le puso amoratado, y retrocedió, tambaleante, boqueando en busca de aliento. Para entonces, Vanity había aferrado ya con la zurda la gruesa muñeca del que sujetaba sus cabellos, haciéndole girar bruscamente. Era tal su fuerza y habilidad en la maniobra, que el hueso chascó, acompañado de un aullido de infinito dolor del «gorila». Luego, Vanity saltó en el aire como si fuese de goma, sus piernas se estrellaron en el mentón del esbirro de Tashwell, y lanzó a éste dando trompicones contra una mesa, donde servicios, sillas y muebles rodaron por tierra, bajo su impacto, arrastrando casi a los clientes acomodados. El estruendo llenó el local, y el matón rodó entre el mantel y los vidrios rotos, con la mandíbula rota y vomitando sangre.

—¡A ella! ¡Sacadla de aquí! —rugió Tashwell, iracundo—. ¡Es una maldita mujerzuela que sabe pelear! ¡Dadle una lección, maldita sea!

Otros tres «gorilas» salieron de diversos puntos de la sala, confluyendo amenazadores hacia ella. Vanity les esperó en guardia, sonriendo fieramente.

—¿Qué le pasa, Tashwell, es que usted no es lo bastante hombre para venir a por mí? —le desafió abiertamente.

—El no sabe pelear con sus arte, señorita —terció apaciblemente Kwan Tsei, dando un paso adelante y saliendo así de su mutismo e inmovilidad—. Pero yo sí, y puedo darle una lección que no olvidará, ya que así lo ha querido...

Vanity resopló, mirándole con prevención mientras con el rabillo del ojo observaba la aproximación de los matones de Tashwell. Comenzó a preocuparse. La posición de brazos y piernas del chino era inquietante. Aquel tipo sabía *kung-fu*, era obvio. Ahora las cosas no iban a ser tan fáciles. Pero no se arredró.

Esperó el ataque de Kwan Tsei. Éste llegó, fulminante. Sus manos se dispararon con flexibilidad y precisión, como si fueran reptiles. Al tiempo, una de sus piernas accionó ágilmente,

alcanzándola. Vanity sintió un seco golpe en su estómago, pero ya había contraído sus músculos abdominales, y soportó estoicamente el impacto, mientras el socio oriental de Tashwell sonreía malignamente.

—¿Lo ve, señorita? —dijo, meloso—. Es una dosis de su propia medicina...

Vanity no se cegó por la ira. Eso hubiera sido dar ventaja a su peligroso enemigo. Al contrario, amagó un rápido, furioso ataque, que hizo ampliar la sonrisa del chino, quien paró fácilmente aquel acoso. Pero ignoraba la astuta celeridad de Vanity, tanto física como mental. Porque aquel ataque era sólo una maniobra de distracción, que interrumpió sobre la marcha, para cambiar totalmente su táctica agresiva, y disparar manos y piernas en una forma totalmente distinta a la insinuada. Eso sorprendió al astuto oriental, que recibió en rápida sucesión un seco puntapié en su hígado, y un áspero impacto de mano tensa, contundente, en su nariz, justo entre ambas cejas. El golpe de los dedos rígidos de Vanity restalló como un choque de cuchillo en una piedra. Kwan Tsei acusó el mismo. Retrocedió tambaleante, aturdido, con los almendrados ojos repentinamente turbios y el gesto confuso.

Pero se rehízo de inmediato y sus pupilas brillaron perversamente. La mueca de sus delgados labios casi recordaba la sardónica sonrisa del truculento Fu Manchú en las viejas películas por episodios.

—Vaya, es muy astuta la jovencita —silabeó—. Creo que voy a tener una digna rival, pero acabaré machacándola sin piedad..., puesto que eso es lo que ella ha querido.

Y se lanzó como una tromba sobre la joven, que aguantó a pie firme, replicando con una defensa desesperada, en medio de la tensa expectativa de la sala silenciosa. Incluso Sue Chambers había dejado de cantar.

Recibió Vanity un par de golpes tajantes y dolorosos en sus pechos y en su hígado al tiempo que evitaba un puntapié a su mentón pero no podía hacer igual con otro que hirió su nariz, haciéndola sangrar con dos hilillos rojos y cálidos. Estremecida, furiosa pero a la vez serena, se rehízo porque sabía que era lo imprescindible para no ser masacrada por aquel frío y rápido luchador, evitó otro alud de golpes de Kwan Tsei, y logró conectarle

de refilón un acerado tajo del filo de su mano contra la zona comprendida entre boca y nariz. Un golpe que, de ser aplicado con toda la fuerza, era inevitablemente mortal. Pero que bastó, con el impulso dado, para parar en seco al chino, hacerle poner los ojos vidriosos y tambalearse, dando pasos atrás, como si fuese un boxeador *grogy*. Hasta Tashwell miró, asustado, a su socio.

En ese momento, aprovechando el trance, los tres «gorilas» de refuerzo de Tashwell fueron rápidos hacia la joven, con ánimo de sorprenderla y reducirla entre todos. Sus grandes manazas ominosas volaron hacia el cuerpo esbelto de la valerosa muchacha, para hacer presa en ella.

—¡Quietos, puercos! —jadeó una voz incisiva en alguna parte.

Y una pistola disparó un balazo que hizo añicos una lámpara del techo, provocando gritos de terror en los presentes, muchos de los cuales iniciaron una retirada masiva y precipitada hacia la salida.

Los matones se pararon en seco. Volvieron la cabeza, asombrados. Comenzaron a alzar sus zarpas cuando vieron al hombre con revólver, apoyado en el mostrador, pálido y frío.

—¡Slim! —gritó con sorpresa la joven detective—. ¡Tú!

CAPÍTULO VI

—¡Será mejor que se aparten de ella y con los brazos bien en vilo, o empezaré a darle gusto al gatillo! —avisó el joven fríamente, con una expresión enérgica en su pálida faz—. Vamos, atrás, atrás... Y usted, Kwan, también. Ya tuvo su pelea con ella y la perdió, de modo que no pretenda seguir con la exhibición de lucha oriental. Vamos, Vany, salgamos de este antro de gentuza. Esto empieza a ponerse al rojo vivo, y no me gustaría perder mi licencia por homicidio. Pero a usted, Tashwell, sucia rata, le aseguro que le mandaría gustoso al infierno si sólo me costara la licencia.

—Eres todo un tipo, Slim —aprobó ella, complacida. Miró insultante a Tashwell que, muy demudado, contemplaba a los dos detectives—. Sí, vamos de aquí, esto huele a podrido a mucha distancia. Pero sepa, Tashwell, que si alguno de sus «gorilas» mató a mi padre por orden suya, no va a disfrutar mucho tiempo de ese crimen.

Se unió a Slim Irwin, todavía jadeante por la dura pelea que la enfrentara a Kwan Tsei, y ambos se retiraron, cautelosamente, sin que Slim dejara de encañonar a Tashwell y a sus esbirros con el revólver amartillado.

Salieron del Blue Sky sin más problemas, y respiraron el aire húmedo y apacible de la noche de San Francisco, cuajada de luces multicolores en la neblina urbana.

—Siempre dije que el aire de esta ciudad huele a lejía, pero al lado de lo que se respira en sitios como ése, esto es una delicia, Vany —suspiró Slim, subiendo al coche descapotable de su compañera, y poniéndolo en marcha—. Te metiste en un buen fregado ahí dentro, amiga mía.

—No lo pretendía, pero ese puerco insultó a papá y me lié la manta a la cabeza. Gracias por tu ayuda, Slim. Las cosas empezaban a ponerse feas para mí. Pero ¿qué diablos haces tú aquí, estando

como estás, recién salido del hospital?

—Imaginé que te hacía falta —rió el joven, conduciendo con destreza aunque su brazo derecho colgaba casi inútil, sujeto por sus vendaje bajo la chaqueta—. Somos como los mosqueteros, Vany. Todos para uno, uno para todos.

—¿Cómo supiste que estaría en el Blue Sky?

—Era de prever. Llamé a tu casa, a tu oficina. Imaginé que andabas tras de la pista de Tashwell, que era el pez que te faltaba por pescar. Casi te tragas tú también el anzuelo. De todos modos, pensaba recorrer todos los sitios donde era posible dar contigo, antes de irme a dormir.

—Eres adorable, Slim querido —se inclinó y le besó la mejilla tiernamente.

—Gracias, Vany —se detuvo ante un semáforo en rojo, sonrió y puso su mano útil encima de la rodilla de ella, deslizándola luego hasta el muslo. La apretó afectuosamente aquella carne tersa, suave como piel de melocotón—. Te adoro, Vany.

—Es halagador, pero deja de magrearme —rió ella burlonamente, quitándole la mano de la pierna—. Una cosa es que te deba el pellejo y otra que trates de seducirme descaradamente.

—Eres increíble —soltó él la carcajada, reanudando la marcha—. ¿Adónde vamos ahora?

—A la oficina, por favor. Quiero revisar unos documentos allí. Si quieres, te dejaré luego en tu casa. Debes cuidar ese brazo. Un detective manco tendría muchos problemas para su trabajo.

Llegaron en pocos minutos a la vieja oficina de Desmond Lane, con sus muebles vetustos y su amarillento calendario de la *pin-up* de los cincuenta guiñándoles un ojo desde la pared. Vanity se puso a revisar los papeles del llamado Caso Sublime, y hacer anotaciones en su agenda. Slim, mientras, se sirvió un *whisky* solo y lo bebió a cortos tragos, paseando por la estancia.

—¿Sacaste algo en limpio de Tashwell y su socio, el hijo de Fu Manchú? —preguntó sonriente.

—No mucho —habló ella mientras repasaba el *dossier*—. No creo que hiciera matar a mi padre, y fingiera luego un traslado hasta el callejón y todo eso. No parece tan sofisticado como todo eso. Es brutal y expeditivo, no la clase de asesino que acabó con la vida de papá. En cuanto a su socio, ese Kwan Tsei... todo puede ser,

pero creo que podría matar a cualquiera con sus propias manos, sin necesidad de usar un arma de fuego.

—Eso podría ser revelador. Un crimen mediante golpes de karate o kung-fu

acusaría necesariamente a un oriental...

—Sí, es posible. Y también cabe que sea lo bastante astuto como para matar a balazos precisamente porque nadie le imaginaría cometiendo un crimen de ese modo. Ese chino sí es inteligente y sinuoso. Cosa de su raza, imagino.

—¿Qué diablos estás buscando en ese *dossier* tan activamente? Yo, la verdad, nunca encontré en él nada de particular, lo confieso.

—Yo tampoco —confesó ella, cerrándolo con un suspiro—. Por eso busco. Trato de encontrar algo que me oriente. Papá era muy minucioso, lo anotaba todo. Dejaba indicios de sus investigaciones en sus papeles. No parece ser éste el caso. Y eso es lo que preocupa, Slim.

—Si, es posible que ese mismo lunes noche se diera de bruces con la solución que buscaba, con algo demasiado grave que obligó a una persona a matarle. Y ocurrió de modo tan rápido e imprevisible, que ni tiempo tuvo de dejar constancia de sus pasos.

—Si, algo así debió ocurrir —admitió ella, pensativa, depositando el *dossier* en el archivador, cerrando éste y bostezando—. ¿Qué te parece si vamos a descansar los dos? Lo estás necesitando mucho. Y yo también.

—¿Juntos? —sugirió Slim, irónico.

—Eres un obsceno —le reprochó ella, burlona, caminando hacia la salida—. A tu brazo le sentará mucho mejor la soledad que andar buscándote jaleo en la cama.

Se pararon en seco cuando comenzó a sonar el teléfono. Se miraron. El repetido timbrazo retumbó huecamente entre los viejos muros. Slim intentó moverse. Vanity se adelantó.

—Deja, voy yo —dijo rápida—. Es raro que llamen aquí a estas horas. Tal vez sea el padre de Dana Weaber. Tiene unas horas muy extrañas de ponerse en contacto conmigo.

¿Dígame?

—¿Vanity Lane? —preguntó una voz de mujer, distante, entremezclada con ruido de música, risas y voces.

—Sí, yo misma. ¿Quién llama?

—Soy yo, la chica de El Farol Verde, ¿recuerda? *Boobs*, la de las grandes te...

—Sí, sí, recuerdo —la interrumpió Vanity, sorprendida—. ¿Qué quiere ahora, *Boobs*?

Me coge aquí por casualidad...

—Llamé a su casa. He buscado todos sus teléfonos en la guía. Tengo que verla lo antes posible y hablar con usted de algo muy urgente.

—La escucho. ¿De qué se trata?

—No, no. Así, no. Es demasiado serio para mencionarlo por teléfono. Venga a verme, se lo ruego. Cuanto antes nos veamos personalmente, tanto mejor. Poseo una información que puede serle muy útil, Vanity. He recordado algo. Algo vital...

—Está bien. Iré enseguida para allá. ¿Está en El Farol Verde?

—Sí, claro. Nos veremos en los lavabos. Iré a ellos dentro de veinte minutos. La espero en el aseo de mujeres. No se demore, por el amor de Dios. Tengo miedo... Ah, y venga sola. *Completamente* sola.

—De acuerdo. No tardaré ni esos veinte minutos, de modo que puede meterse en el aseo dentro de un cuarto de hora, *Boobs*.

Colgó. Se quedó mirando a Slim, frotándose el mentón con la extremidad de un lápiz.

Su joven socio fue el primero en hablar:

—¿Qué quería ésa ahora?

—Verme, Slim. Con urgencia.

—¿En un aseo? Ten cuidado —rió el joven—. Puede ser lesbiana. No resultaría tan insólito, teniendo amigos *gay*.

—Eres un tipo muy mal pensado, Slim. No creo que *Boobs* tenga esas aficiones, sino todo lo contrario.

—Bien, ¿a qué esperamos, si es tan urgente? Vamos para allá.

—Ah, no, no. De eso, nada. Eres un enfermo, tienes un brazo inútil, precisamente el más necesario. Estás convaleciente. Vas a ir a casa como un niño bueno.

—Vanity, no tengo mi coche aquí, fui con un taxi al Blue Sky...

—Yo te dejaré en tu casa, me pillas de paso. Ella quiere verme a solas, y yo pienso que sería así. Más discreto y seguro. No se hable más del asunto.

—Como quieras. Pero puedes verte en líos otra vez...

—Procuraré que no sea así —abrió la gaveta y extrajo el 38, comprobando que tenía todas sus balas. Lo guardó bajo su chaqueta —. Ya voy preparada. En marcha, Slim.

Salieron, apagando las luces de la oficina. Una vez más, la noche no proporcionaba a Vanity Lane la oportunidad del reposo tan necesario.

Todo seguía igual en El Farol Verde. Como la otra noche. Incluso la gente parecía la misma. Si no lo era, podía haberlo sido. *Punkies*, rameras, homosexuales y *travestis*. Un sitio concurrido y democrático aquel club de Chinatown.

Vanity entró con su bolso entre las manos, palpando la pequeña automática que iba dentro, y notando el peso y volumen del 38 pavonado, bajo su chaqueta liviana. Aquel arsenal la hacía sentir más tranquila. Esta vez, por fortuna, no vio rastro de los chulos de cuero con sus ruidosas motocicletas. Cruzó el local, como si buscara mesa. Cuando estuvo en el fondo de la sala, buscó la puerta de acceso a los lavabos. No le costó dar con ella. Casi siempre estaban en el mismo sitio.

Un corto pasillo alumbrado con tubos fluorescentes la condujo hasta las puertas de los aseos de caballeros y de señoras. Entró en estos últimos. No había ninguna mujer cuidando de ellos. Vio la puerta cerrada al fondo, la que conducía al excusado. Su mirada resbaló por el lavabo, el espejo y el secador de aire caliente. Allí no había nadie más que ella. Ni rastro de *Boobs*, la *punkie* del busto gigantesco.

—*¡Boobs!* —llamó suavemente—. ¡Eh, *Boobs*, estoy aquí!

El mismo silencio. Pensó si se habría arrepentido, abandonando el local sin verla, asustada por algo. Aun así, insistió, acercándose a la puerta cerrada del fondo:

—*¡Boobs!* ¿Está ahí? Vamos, responda, soy yo, Vanity...

No hubo respuesta. Sacudió la cabeza, disponiéndose a abandonar los lavabos, decepcionada, preguntándose qué podía haberle ocurrido a la animosa muchacha del pelo erizado y los grandes senos. Ya daba media vuelta para irse, cuando vio el reguero rojo. Se quedó clavada.

Arrancaba de debajo de la puerta cerrada, deslizándose al

exterior muy lentamente.

Contempló aquel hilo escarlata con ojos hipnóticos.

Se movió rápida después, inclinándose y tocando la sustancia con la yema del dedo. La frotó, notando su viscosidad y tibieza. No había duda.

Era sangre.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Estuvo tentada de abrir la puerta a tiro limpio, pero se dijo que era preferible no provocar el caos en el club. Rebuscó febrilmente en su bolso, hasta dar con el manojo de ganzúas propio de su oficio. Probó tres antes de que una franquease la cerradura de la puerta del lavabo de mujeres.

La abrió, contemplando el interior. Se estremeció, horrorizada.

Allí estaba *Boobs*. No había faltado a su cita. Pero ya nunca le diría lo que sabía. Alguien se había anticipado a ella. Estaba muerta, sentada sobre el retrete, vidriosa la mirada. Una navaja automática estaba hincada todavía entre sus dos pechos gigantescos, justo sobre el corazón. El mango de nácar emergía dificultosamente en el canal, perdido entre los dos enormes globos de carne, ahora flácida por la muerte.

CAPÍTULO VII

—Oh, no, Vanity, otra vez, no...

—Lo lamento, Ralph —suspiró ella resignadamente—. No tengo la culpa de que cada vez que llegue a un sitio, alguien haya dejado un fiambre delante de mí...

—Vanity, está bien que liquidaras a aquel fulano, el sádico asesino de la autopista. Comprendo que alguien quisiera cerrar la boca a Dana Weaber cuando tú diste con él en su dorada madriguera de Nob Hill. Pero no puedo entender que esa chica te cite en un aseo y cuando tú llegas esté acuchillada sobre el retrete. ¿Es que no puedes moverte por esta ciudad sin que siembren de cadáveres tu camino?

—¿Qué puedo decirte, Ralph? Era la más interesada en hablar con esa chica, te lo aseguro. Vine aquí convencida de que tenía algo fundamental que decirme. Y ya ves, la encontré así. Ese maldito asesino es tan rápido, tan preciso... Siempre logra adelantarse a mí aunque sea por poco, maldita sea.

—No te lamente tanto, Vanity. Si obrases correctamente, estas cosas no sucederían. Si al recibir la llamada hubieras contactado con nosotros para que viniéramos a protegerla, a interrogarla. *Boobs* Ritter aún estaría viva.

—No digas tonterías. Hubiera huido de vosotros como de la peste, sin decir nada. Y después, ese bastardo la hubiera liquidado igualmente, en cuanto vosotros hubierais desaparecido de la escena. *Boobs* quería hablar conmigo, no con la policía. No se fiaba de vosotros. Era una *punkie* y tenía sus propios criterios de la gente.

—Está bien, ¿y qué tenemos ahora? Un cadáver más. Y seguimos como al principio, Vanity. Ya son demasiadas muertes violentas: tu padre, el joven Weaber, *Boobs*... Y todo ¿por qué? Ni siquiera sabemos los motivos de esta cadena de sangre.

—Yo, sí creo saberlo —suspiró ella.

—¿Tú? —El teniente Kingsby la miró, perplejo—. ¿Estás segura?

—Casi —asintió ella—. Hay un tipo por esta ciudad que despluma a los *travestis* y *gays* que tienen dinero. Weaber sacaba muchos dólares a un sucio tipo depravado que ocupa un cargo público importante en esta ciudad. A su vez, ese dinero revertía en los bolsillos de un *gígolo* de homosexuales.

—¿Dorian?

—Sí, claro. El tal Dorian, alguien que no desea ser cazado, escurridizo, hábil y sin escrúpulos. Mató a papá para que no llegara hasta él. A Weaber porque podía contarle todo sobre él. Y ahora a *Boobs*... tal vez porque ella le había visto alguna vez, puesto que frecuentaba el mundo *gay*, y de repente recordó algo sobre él que consideraba necesario decirme, con la mayor urgencia. El hecho de que ahora esté muerta, explica que tuviera tanta importancia su revelación.

—¿Crees, entonces, que Dorian no es el nombre verdadero de ese tipo?

—Estoy segura de que no. Lleva una doble vida. Es alguien con nombre y apellidos, que ha tomado una identidad ficticia, algo a caballo entre el Dorian Gray de Wilde y el míster Hyde de Stevenson.

—Muy rebuscado y literario resulta eso, Vanity.

—Nuestro personaje también lo es, sin duda alguna. Alguien inteligente, insensible, duro y frío como un témpano, cruel como un ave de rapiña. Se está enriqueciendo gracias a su ascendente sobre los *gays*, y no quiere que le maten su gallina de los huevos de oro.

—Puedo dictar una orden de busca y captura de ese tal Dorian...

—¿Y qué conseguirás? Que se quite momentáneamente de la circulación, ayudado por los mismos que se rinden a sus encantos varoniles. No, Ralph, tengo otra idea.

—¿Tú? —La miró, desconfiado—. Cuidado, Vanity. Si vuelves a meterte en líos, te quito definitivamente tu licencia e incluso te meto en una celda por ocultar pruebas a la policía y actuar al margen de la ley.

—Haz lo que quieras, pero creo que sé lo que debo hacer, y lo haré.

—Ya estás advertida —manifestó secamente el joven oficial de

Homicidios, mirándola con frialdad—. No me gusta que sigas husmeando por ahí.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres acaso que Dorian sea metido entre rejas como merece?

—Lo deseo tanto como tú, si es realmente culpable de todo esto —se irguió Kingsby—. Pero si alguien ha de darle caza, seré yo y no tú. Este asunto no es de mujeres, ni aunque seas una detective. Y tampoco es de detectives privados, sino de Homicidios, ¿está eso bien claro?

—Por supuesto, querido Ralph. Pero ni tú ni nadie puede impedirme que visite a alguien que es un hombre público en esta ciudad, para preguntarle algunas cosas.

—¿De quién estás hablando?

—De un respetable ciudadano cuyas ideas sobre la moral son de todos conocidas, un puritano que lanza anatemas contra el pecado... y que sin embargo, llenaba de oro los bolsillos de un *travesti*, a cambio de sus favores.

—Espero, señorita, que su intempestiva visita a estas horas de la noche, tenga alguna justificación razonable —refunfuñó el hombre fornido y velludo que se erguía ante Vanity Lane, con las manos sepultadas en los bolsillos de su bata de seda color azul oscuro, en aquel salón confortable y suntuosamente amueblado de una de las más modernas y caras viviendas de la zona residencial de San Francisco.

—Eso espero, señor Wallace —sonrió Vanity con aspecto inofensivo, aceptando un cigarrillo de la caja de ébano que había tomado el político de encima de una mesa de roble decorada con bronce—. Eso espero...

El prendió el cigarrillo de ella y se sirvió otro que también prendió calmoso, acomodándose en una butaca de cuero, justo frente a ella. Ni siquiera se dignó echar una mirada a las bellas pantorrillas de su visitante, cuando ésta se cruzó indolentemente de piernas, hasta mostrar sus muslos bajo la corta falda.

El hombre era de facciones rudas, cejas espesas, ojos estrechos y ancha mandíbula. El vello alfombraba abundantemente sus manos y la parte de torso visible por la abertura de la bata. Debía de parecer un gorila estando desnudo. Y sin embargo, Vanity conocía ya bien

sus «aficiones». Se dijo que las apariencias nunca eran demasiado de fiar.

—Bien, la escucho, señorita Lane —dijo el muy respetable Duncan R. Wallace, político local de gran prestigio y presidente de un comité cívico defensor de la moral y las buenas costumbres—. ¿Dijo que es usted periodista?

—No, no dije nada. Pero soy detective privado.

—¿Detective privado? —repitió la frase con recelo, y se irguió en su asiento—. No comprendo a qué ha venido...

—Es muy simple. Me gustan poco los rodeos, señor Wallace. He venido a causa de Dana Weaber. ¿O prefiere que le llamase Sublime, Melody, Delirio...?

La cara del político tomó el color de la salsa tártara. El cigarro le cayó de la boca al dejar colgar la mandíbula como si la tuviera desarticulada. Farfulló una excusa torpe, se inclinó y recogió el cigarrillo, aplastándolo nervioso en un gran cenicero.

—Lo siento —dijo—. Temo no entenderla, señorita Lane.

Su voz era bronca, pero segura. Sin embargo, los ojos brillaban como carbones encendidos, y los gruesos dedos cuadrados y peludos temblaban ligeramente.

—Pues supuse que lo entendería perfectamente, señor Wallace. Vi virtualmente morir ante mis ojos a Dana, cosido a balazos. Estábamos hablando de usted cuando eso ocurrió... De usted y de Dorian.

—Señorita, me veo obligado a pedirle que salga de mi casa ahora mismo, antes de que avise al servicio para que la echen —dijo con cajas destempladas, incorporándose abruptamente y fulminándola con la mirada—. Si viene a hacer chantaje, le diré que está equivocada de medio a medio. Yo no me mezclo con *travestis* ni esa gente.

—¿Y *cómo* sabe que Dana Weaber era un *travesti*? —sonrió ella, sin moverse—. Yo no he mencionado eso, señor Wallace.

El político lanzó un resoplido de ira y se dispuso a pulsar un timbre.

—Ya escuché lo suficiente —bramó—. Es intolerable. Leí su muerte en los diarios y lo vi en un reportaje de televisión, señorita Lane, como todo el mundo. Ahora, me veo obligado a portarme duramente con usted y llamar a mis servidores. Ellos no son nada

tratando a los intrusos indeseables, aunque sean mujeres, se lo aseguro.

—Señor Wallace, no viene a chantajearle ni nada de eso. Aunque podría hacerlo, porque antes de morir, Dana me dejó escritas varias cosas sobre usted que puedo entregar esta misma noche a los diarios. Mañana, las primeras ediciones, mostrarían a sus lectores una imagen muy distinta de Duncan R. Wallace a la que ellos conocen.

El dedo macizo se quedó suspendido sobre el timbre, sin llegar a pulsarlo. Vanity captó el temblor en ese dedo, extensivo a toda la velluda mano del político. Sus ojos se encontraron. Observó que Wallace tragaba saliva. Luego, se dejó caer de repente en su butaca.

—Eso no puede ser cierto —jadeó—. Dana no haría una cosa así. No a mí...

—Dana Weaber estaba demasiado asustado para ser leal a nadie —mintió fríamente ella—. Temía a Dorian, su amante y *gígolo*. Habló mucho antes de morir. Su asesino silenció cuánto sabía de Dorian el pobre Delirio, pero no lo que podía contar de usted, señor Wallace. Lo cierto es que le tenía en mucha estima, si eso le sirve de consuelo.

—¡Estima! —repitió amargamente el vigoroso hombretón—. ¿Estima, y se entendía con ese maldito Dorian a mis espaldas, dándole todo el dinero que yo le facilitaba? ¡Estaba arruinado cuando me llamó hace pocos días! Tuve que prometerle que le daría más, pero a condición de que no se lo entregase luego a su amante.

Había lágrimas en sus ojos, un temblor espasmódico en sus labios al hablar. Era como si se refiriese a una mujer infiel, a la más adorada de las amantes. Vanity no supo si sentir compasión o náuseas hacia aquel hombre rudo y áspero que confesaba con tan escaso pudor sus inclinaciones reales.

—Y mataron a Dana Weaber. Señor Wallace, pudo ser usted quien apretó el gatillo de aquel arma, llevado por los celos, el despecho, la ira de sentirse burlado...

—¡No, no! —sollozó el político—. ¡Juro que no, señorita Lane! Yo..., yo nunca hubiera podido hacer daño alguno a Dana. Era tan tierno, tan sensible, tan maravilloso... Yo estaba dispuesto a darle cuanto quisiera. Y no me hubiera importado que fuese a parar a los bolsillos de ese Dorian, con tal de que Dana hubiera seguido

viviendo...

Vanity asintió despacio, poniéndose lentamente en pie. Aplastó su cigarrillo junto al de Wallace. Miró a éste fijamente.

—Usted tiene que saber de ese Dorian algo más que otras personas. Dana le diría algo en alguna ocasión, estoy segura.

—No, no. Yo no sé nada. Ni siquiera llegué a verle nunca en persona, pero sé que es temido y adorado por todos ellos, por los... Bueno, ya me entiende...

—Sí, claro. Señor Wallace, no tema nada. Coopere conmigo y no revelaré a ningún periódico sus debilidades. Podrá seguir atacando públicamente la inmoralidad y el vicio como si fuese un arcángel. Pero a cambio de eso, exijo algo.

—¿Qué..., señorita Lane? ¿Cuánto? Le pagaré lo que pida... —Y echó mano a una pluma de su mesa y buscó un talonario de cheques.

—No, no es eso —cortó ella—. Ya le dije que no venía a hacerle chantaje. No es mi estilo, señor Wallace. Creo que su vida privada es sólo cosa suya. Al que quiero cazar como sea, es a esa rata llamada Dorian. Vamos, usted tiene que saber algo. Dana tenía demasiada confianza con usted para no revelarle algo, por poco que fuese...

Duncan R. Wallace la miró largamente en silencio. Luego, despacio, asintió con un movimiento de cabeza. Se echó atrás en su asiento.

—Sí —musitó—. Algo recuerdo... Confieso que un día, seguí a ese hombre maldito, a Dorian. Le mentí antes. Lo vi personalmente. Engomado, ficticio, una mezcla entre varonil y de untuoso... Llevaba un lujoso coche negro, un Cadillac. Y dos guardaespaldas profesionales... Le seguí con mi coche al salir del Garden, furioso porque Dana no había querido recibirme a causa de él...

—¿Y bien...?

—Le seguí hasta Chinatown.

—¡Chinatown! —repitió Vanity sorprendida.

—Así es. El tipo entró allí, en el barrio oriental de la ciudad. Lo perdí de vista en el dédalo de callejuelas. Ya no encontré luego rastro del coche. Debí meterlo en un garaje o almacén, pensé. Entonces le dije un día a Dana que sabía dónde encontrar a Dorian, que conocía su alojamiento de Chinatown. Fue un golpe al azar,

pero resultó. Dana, asustado, me pidió que no me mezclara en eso, que el tal Dorian era peligroso. Y de modo ingenuo, mencionó la calle donde tenía su madriguera esa rata marica: Cantón Lane, un callejón junto a Sacramento Street...

—Eso queda cerca del Blue Sky... —meditó en voz alta Vanity—. Siga, por favor.

—No hay mucho más. Le prometí no mezclarme en nada si él procuraba dejar a Dorian para siempre. Me dijo que no era fácil, pero que lo intentaría... Oh, Dios, yo sabía que no iba siquiera a intentarlo, que ese tipo le tenía como fascinado. He visitado Cantón Lane, y he descubierto que sólo hay allí un almacén cerrado, perteneciente a un tal Kim Wong, según consta oficialmente. Pero no creo que viva allí chino alguno.

—Yo tampoco, señor Wallace —suspiró ella, encaminándose a la salida—. Gracias. Ha sido usted muy amable conmigo. Perdóneme si le hice pasar un mal rato. Por mí, nadie sabrá nada.

—Empiezo a pensar que eso importa ya poco —declaró cansadamente el político—. Dana ya no existe. Y yo mismo siento cada vez más vergüenza cuando digo en público todo lo que no siento.

—Eso es problema suyo, señor Wallace. Trate de resolverlo por sí mismo. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Lane. Y si da con Dorian... ¡acabe con él, se lo ruego!

—Esté seguro de que, cuando menos, lo intentaré con todas mis fuerzas —prometió ella, abandonando la estancia.

Cuando llegó a la calle, la luz en el despacho del político era la única que destacaba en la oscura fachada del edificio residencial. Fue hasta su coche y lo puso en marcha.

Rodaba calle abajo, hacia el centro de la ciudad, cuando sonó el estampido. Giró la cabeza. Vio oscilar la luz, allá en la ventana, y poco después sonó un agudo grito de mujer.

—Dios mío... —Respiró hondo, acelerando la marcha—. Ese hombre ya ha resuelto sus problemas de una vez por todas. Dios le haya perdonado...

CAPÍTULO VIII

Cantón Lane. Era sólo un callejón sin salida, tapiado por un muro de ladrillo al fondo. Sólo tenía una pared lisa y sin aberturas a un lado, perteneciente a un almacén de importación de artículos chinos de Sacramento Street, y una gran puerta con cierre metálico al otro, sobre el que unos caracteres chinos anunciaban algo que Vanity no pudo entender.

Apagó la luz de su linterna tras el examen. Se inclinó a estudiar el candado que cerraba la puerta de metal ondulado. Sonrió. Era un modelo de gran seguridad, pero poseía llave maestra para abrirlo.

Eso le llevó apenas dos minutos. Luego, cuidadosamente, alzó el cierre lo suficiente para pasar al otro lado, bajándolo de nuevo con cautela y haciendo el menor ruido posible. Encendió de nuevo la lámpara eléctrica.

Respiró hondo. Era el éxito, pensó. Lo había encontrado.

Allí estaba el coche. Un fastuoso, largo y carísimo modelo Cadillac, del año 1982, provisto de radioteléfono, televisión y bar. Carrocería negra, reluciente. La tanteó y tocó las ventanillas. Todo blindado. Dorian se sabía proteger de todo posible riesgo, era evidente. Aquel coche debía valer cuando menos cien mil dólares. El «negro» de Dorian funcionaba, de eso no había duda.

Vanity deambuló por el viejo almacén cautelosamente. Había una pequeña puerta metálica al fondo, herméticamente cerrada. Tal vez conducía a otras dependencias del edificio, asomadas a Sacramento Street.

Había visto lo suficiente. Permanecer allí más tiempo era peligroso, muy peligroso. En cualquier momento podían llegar el misterioso vividor de homosexuales y sus esbirros.

«Ahora ya sé lo suficiente —se dijo—. Avisaré a Slim y a Kingsby, rodearemos esto discretamente... y Dorian caerá en la trampa».

Se acercó de nuevo al cierre metálico, lo alzó lenta y silenciosamente, tras comprobar que allá fuera no sonaba el menor ruido, y se dispuso a salir del recinto.

Se lo impidió un frío contacto en el rostro. Algo metálico, duro y rígido, se apoyó en su pómulo. Chascó un percutor al ser amartillado un revólver. El tubo que tocaba su piel era el de un cilindro silenciador.

—Un movimiento, preciosa, y la cabeza te saltará en pedazos —dijo una voz glacial—. Vamos, adentro y sin intentar nada. Conocemos tus trucos. Intenta alguno, y eres mujer muerta, Vanity Lane.

No podía hacer otra cosa. Supo que estaba cazada. Retrocedió, agazapada como estaba, siempre con el contacto del arma en su cara. Dos hombres la siguieron al interior. Uno cerró de nuevo la puerta metálica, mientras el otro permanecía junto a ella, sin desviar el arma de su pómulo. Luego, encendieron la luz, que resultó cegadora, en contraste con la oscuridad anterior.

—Bien, preciosa —dijo riendo el que la amenazaba, que vestía uniforme gris de chófer—. Te hemos cogido en el lugar preciso, ¿eh?

El otro hombre, un frío y elegante individuo de *smoking* impecable y dura sonrisa, se limitó a sonreír, manteniendo fijos en ella sus ojos vacuos, color agua y anís.

—Vosotros sois los esbirros de Dorian —silabeó Vanity.

—Eres muy lista, no se equivocaron nuestros informadores —bramó su antagonista—. Sólo has cometido un error: llegar hasta aquí. Puede que sea tu último viaje en este mundo, encanto.

—Dependerá de lo que diga Dorian —manifestó con desgana el del *smoking*.

—¿De modo que esperaréis a Dorian? ¿Vuestro amo va a dar hoy su paseo habitual por el mundo *gay* de la ciudad para recaudar fondos?

—Dices las cosas de un modo muy molesto, muchacha —la reprendió el chófer—. Pero más o menos es así. Veamos, tu artillería. No queremos sorpresas. Y no pienses en usar tus trucos de artes marciales. Apretaría el gatillo antes de que pudieras moverte.

La despojó de su bolso. Y también del 38 que llevaba bajo la chaqueta. Aquellos tipos parecían saber hacer bien su trabajo. Los

ojos de Vanity brillaron.

—Ya está —resopló el chófer apartándose ligeramente y entregando las dos armas a su compinche—. Desarmada la gatita. Le cortamos las uñas.

—No te confíes. Es muy rápida cuando pelea —le avisó el del *smoking* fríamente.

—Lo tendré en cuenta. Si hace el menor movimiento, la liquido, Solly.

—Sí, será lo mejor, no podemos correr riesgos a estas alturas —aprobó el otro—. Estoy seguro de que el patrón decidirá que la matemos en cuando llegue, Burke.

—Sí, pero es mejor que lo disponga él. Podría enfadarse si tomamos decisiones en su nombre —objetó el tal Burke.

Vanity les miraba a ambos con fijeza. Preguntó con voz débil:

—¿Puedo sentarme? Llevo dos noches sin dormir y estoy agotada...

—Claro, siéntate. Pero no sufras. Vas a tener un largo sueño muy pronto —rió el hombre vestido de chófer.

Sin decir nada, la joven detective se acomodó encima de una caja de madera con botellas de cerveza vacías, que había en un rincón del garaje. El arma seguía apuntándola a alguna distancia. Ellos procuraban dejar entrar entre sí y su cautiva un espacio suficiente para que ella no intentara algo desesperado mediante las artes marciales.

—No puedo resistir más —se quejó, acariciándose los tobillos y la corva de sus piernas—. Incluso siento ya calambres, maldita sea...

Ellos se limitaron a mirarla, indiferentes, a la espera de su patrón. Vanity parecía por completo inofensiva en estos momentos. Ninguno se percató de su diestra y rápida maniobra, introduciendo su mano bajo la falda corta, como si se frotase los muslos fatigados. Sus dedos tomaron ágilmente la culata de una pequeña 22 situada entre sus bragas y su carne, justo en el pubis.

Al bajar la mano, siempre deslizándola sobre las piernas, esgrimía la pequeña pistola. Y la disparó dos, tres, cuatro veces, sobre sus captores.

Les sorprendió totalmente. Sus dos primeras balas alcanzaron al chófer en la cabeza, destrozándole el cráneo antes de que pudiera

apretar el gatillo ni entender lo que sucedía. El hombre del *smoking* saltó atrás, con uno de sus acuosos ojos vaciado por un proyectil que le perforó el cerebro y se llevó una pequeña parte de su bóveda craneal por delante. Al caer al suelo, ambos eran ya cadáveres.

Vanity había tardado justamente tres segundos en matar a dos hombres sumamente peligrosos, dos asesinos profesionales.

Respiró hondo y se acercó a ellos lentamente, mientras su pequeña pistola, la tercera de su arsenal, humeaba entre sus dedos.

—Ha sido una suerte que ellos no supieran que eran *tres* las armas de fuego que llevaba encima, y no dos —suspiró—. De todos modos, el lugar donde la ocultaba no era fácil de imaginar... a menos que hubieran tenido malas intenciones.

Sonrió de su propio sentido macabro del humor, y se dispuso a apagar las luces, para esperar la llegada de Dorian.

En ese momento, una voz familiar sonó a sus espaldas:

—De nuevo tengo que venir a reunirme contigo en situación apurada, ¿eh, Vany?

—¡Slim! —gritó roncamente, girando la cabeza y sin soltar su pistola ni por un momento.

Su joven colega estaba de nuevo allí. En la puerta pequeña, metálica, del fondo del garaje, la que conducía a otras dependencias. Sólo que empuñaba una automática del calibre 45, provista de silenciador, que encañonaba directamente a su amiga y socia. Y el gesto del jovial rostro del detective no era amistoso ahora.

—Hola, Vany —saludó, glacial—. Tira esa arma, ¿quieres?

—Hola, Dorian —respondió ella con igual entonación. Y tiró el arma.

CAPÍTULO IX

—¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Cuándo lo supiste, Vany?

—Estuve totalmente segura cuando esos tipos me quitaron el 38 de debajo de la chaqueta. Sólo tú sabías que lo llevaba. Pero nunca te dije que había tomado otro que puse justo entre mis muslos, bajo la braga.

—Debí pensarlo, conociéndote como te conozco —sonrió Slim Irwin desganadamente.

—Pero no lo pensaste, y perdiste a tus esbirros, Burke y Solly. Ya antes había sospechado de ti.

—¿Cuándo exactamente?

—Cuando mataste a *Boobs*. Fue un error, pero no tenías otra salida. Tuviste que ir muy deprisa para anticiparte a mí cuando te dejé en casa y fui a El Farol Verde. Seguro que lo pasaste bastante mal para llegar antes, matarla y marcharte sin que yo te viese.

—Estaba aún en el local cuando llegaste —sonrió Slim—. Pude salir cuando tú ibas a los lavabos y te encontrabas con su cadáver. Tenía que matarla, Vany. Ella debía de haber recordado.

—Claro que recordó. De repente, supo de qué te conocía. Delante mismo de mí, anoche, había mencionado si te conocía de algo. Y era cierto. Te identificó como a Dorian, pese a tu maquillaje, peluca y demás postizos cuando representas el papel de esa especie de «míster Hyde» que creaste para dar rienda suelta a tus instintos sexuales y, a la vez, obtener grandes sumas de los *gays* a quienes sabías dominar con tan extraña y eficiente técnica.

—Nunca supe por qué, pero desde niño tuve esa virtud —sonrió Slim, risueño—. También me atraían más esa gente que las mujeres, Vany.

—Debí sospecharlo. Tus insinuaciones varoniles no eran

convincentes. Nunca te vi con una chica, la verdad. Al pensar en ti como sospechoso, todo tomó forma repentina. Incluso tu pelea con el asesino en el pasillo del Garden, tu herida de bala... y el robo de la fotografía sin marco.

—¿Sabes ya todo eso?

—No es difícil, sabiendo que eres tú quien se oculta tras la máscara del *gígolo gay*, el guapo y peligroso Dorian. Bajaste tras de mí, conocías muy bien el Garden y accionaste los interruptores, dejando el local sin luz. Sabías que, al menos, tenías un par de minutos antes de que arriba dieran la luz supletoria. Suficiente para matar a Dana Weaber, pero no para escapar. Le mataste y te creaste una coartada muy hábil. Previamente habías dejado abierta la ventana a la calle. Luego, fingiste una pelea en la oscuridad, tuviste el valor de dispararte contra tu propio brazo con el arma que empuñabas, y dejaste el arma en tierra. Los guantes seguro que están aún allí, ocultos en algún lugar del corredor, donde nadie pensará que están.

—Así es. ¿Sabes por qué robé aquella fotografía?

—Lo imagino. Estabais tú y Dana en ella, seguro. Y no podías ocultarla en tus ropas con marco y todo. Mientras te acercabas en silencio y disparabas, como conocías a fondo el lugar, usaste una mano para arrancar la fotografía de su marco y guardarla en tus ropas para deshacerte de ella posiblemente en el hospital o en la propia ambulancia. Así, nadie estudiaría el rostro de Dorian para encontrarle semejanza con alguien: contigo, en suma.

—No me negarás que soy un hombre muy astuto... —sonrió Slim.

—Mucho —suspiró ella—. Tanto, que incluso engañaste a papá. Pero él llegó a la misma conclusión que yo, mucho antes. El sí vio la fotografía que tenía Dana Weaber y te identificó. Fue a ti y te lo dijo cara a cara. Tú le mataste, posiblemente aquí mismo, para llevarle luego al callejón del Blue Sky y dejarle allí. Después de todo, es escasa la distancia entre este lugar y aquél. Slim, no debiste matar a papá.

—No tenía otro remedio. Iba a ponerlo en claro, acabar con mi productivo juego. No sospechó que llegaría tan lejos. Se quedó muy sorprendido cuando disparé sobre él.

—Sí, por eso pudiste cogerle desprevenido. Tenía que ser

alguien muy conocido de él. Y eso explica la ausencia de informes y datos en el *dossier*. Todo cuanto él reunió que pudiera afectarte a ti, lo hiciste desaparecer. Te confieso que eso empezó a hacerme dudar de ti, pero creí que obrabas pagado por alguien y me prometí vigilarte de cerca. Luego, al morir *Boobs*, comprendí la horrible verdad. Y supe por qué insistió ella especialmente en que yo fuera a verla *completamente sola*. No quería que fueras tú, era evidente.

—Bien. Y has llegado al final del camino.

—Lo sé, Slim. Sé que no vas a perdonarme. No vas a dejarme con vida.

—No puedo. Tú también me matarías si pudieras. Sólo porque maté a Desmond...

—Sí, creo que te mataría sin vacilar —sonrió duramente—. Pero tienes toda la ventaja, te bastará con apretar el gatillo de ese arma, Slim. ¿O prefieres que te llame Dorian?

—Es igual. Ambas identidades valen.

—Sí, Pretty tuvo razón. Ese viejo *gay* y confidente, me dijo que Dorian era como un fantasma. Como alguien que no existía realmente... Entonces pensé en una doble identidad. Y acerté.

—Tú siempre aciertas. Te confieso que tuve miedo cuando decidiste suceder a tu padre en esta investigación. Estaba seguro de que llegarías hasta el fin, Vany.

—Eso, nadie puede negármelo —admitió ella, encogiéndose de hombros.

—Siento este final, Vany. Adiós, socia.

—Adiós, asesino —respondió ella fríamente.

Esperó el disparo de aquel arma provista de silenciador que iba a acabar con su joven vida calladamente, en la madriguera del asesino, en el corazón de Chinatown.

Cuando el disparo retumbó sonoramente en el destartalado garaje, supo que no podía ser arma de Slim Irwin la que había disparado.

Y supo que no era ella quien estaba muerta, sino Slim Irwin.

Le vio caer lentamente, con un gesto de infinito estupor en su rostro, el cráneo reventado por su parte posterior, la sangre salpicando violentamente los muros desconchados del lugar.

El cuerpo se derrumbó al pie de la puerta metálica. Su arma, al golpear, el suelo, se disparó inofensiva, con un ahogado «ploc».

Vany vio aparecer, tras de Slim, por la misma puerta, los uniformes de los agentes armados, con Ralph Kingsby a la cabeza, esgrimiendo un revólver reglamentario, humeante.

—¡Ralph! —jadeó—. Gracias a Dios llegaste a tiempo...

—Casi no llego —masculló el joven oficial de policía, saltando sobre el cuerpo sin vida de Slim y corriendo hacia ella—. Te dije que no te metieras en líos, y no quisiste escucharme, Vanity...

Ella asintió, demudada, notándose por vez primera débil y cansada, frágil y vencida. Miró a aquel hombre joven y atlético a quien debía la vida. Le sonrió y le aferró un brazo con energía y dulzura a la vez.

—No me reproches nada, te lo ruego —suplicó con un mohín—. ¿Cómo supiste...?

—El político Wallace se suicidó después de visitarle tú, Vanity —la miró con reproche y ella eludió su mirada—. Pero antes de volarse la cabeza de un tiro, dejó escrito algo para nosotros. Temía que Dorian fuese más listo que tú, como ocurrió realmente. Y nos escribió estas señas, junto al nombre de Dorian, ¿comprendes? El resto fue fácil deducirlo, y rodeé el lugar discretamente. Pero no pude impedir que te sorprendieran esos pistoleros, a lo que veo, ni que tú los liquidaras a ambos. Llegué demasiado tarde con mi gente.

—Pero no lo suficiente como para no salvar mi vida en el último momento. ¿Sabes una cosa, Ralph?

—¿Qué?

—Eres mi héroe en estos momentos —sonrió, acercándose y besándole los labios—. Y además, eres un héroe bastante guapo y apuesto... Tenías razón. No debí desobedecerte. Si alguna vez soy tu mujer, recordaré eso en todo momento.

Ralph la miró asombrado. Luego sonrió. Y asintió, tomándola en brazos.

—Menos mal que al fin me ves como hombre y no como policía, Vanity —suspiró.

—Nunca es tarde para ver las cosas como son, Ralph —sonrió ella dulcemente.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Boobs: en inglés, en argot y familiarmente, pechos, senos muy grandes. < <

[2] Pretty: Bonito, precioso, en inglés. < <